Giuliano Kremmerz

El Tarot y la Filosofía





Hipérbola Janus

El Tarot y la filosofía fue publicada originariamente como una compilación de artículos que, obedeciendo a una lógica más argumental que cronológica, vio la luz por primera vez en el año 1944 bajo el título *I tarocchi dal punto di vista filosófico*, en Milán, y a cargo del grupo editorial Fratelli Bocca.

Dichos artículos, utilizando algunos de los arcanos mayores más significativos del Tarot (El Loco, Los Amantes y La Muerte), describe de una manera bastante particular, a modo de diálogo entre «El Loco» y el lector, cuáles eran las corrientes de pensamiento predominantes a principios del s. XX, especialmente marcadas por la herencia iluminista del s. XIX, la dos guerras mundiales y los nuevos descubrimientos acontecidos en campos tan diversos como la egiptología —con el descubrimiento de la tumba de Tutankamón—, la física —con la teoría de la relatividad de Einstein— y las doctrinas recientemente surgidas de carácter «orientalista», como la Teosofía de Madame Blavatsky.

En esta obra, Kremmerz, desde su perspectiva hermética, analiza y critica los dogmas impuestos tanto desde la religión como desde la ciencia e invita al lector a adquirir un punto de vista diferente que lo libere de las restricciones impuestas por tales visiones dogmáticas.

El Tarot y la Filosofía

Introducción

Por Ángel Fernández Fernández

Biografía de Giuliano Kremmerz

Giuliano M. Kremmerz nació como Ciro Formisano en un pequeño pueblo cercano a Nápoles llamado Portici un 8 de abril de 1861. El autor italiano está considerado como uno de los principales divulgadores y estudiosos del hermetismo entre el siglo XIX y XX, habiendo publicado un importante volumen de obras entre 1896 y 1930. Su iniciación en los ambientes mágicos y herméticos se produjo a raíz del contacto con autores como Pasquale de Servis (1818-1893), que era considerado en su época como uno de los mayores estudiosos del tema hermético y como un gran iniciado, siendo conocido en estos círculos con el sobrenombre de «Izar». Éste autor fue quien introdujo, a muy temprana edad, a Kremmerz en la orden del Gran Oriente Egipcio, en lo que se consideraba como la última manifestación de una antiquísima tradición de orígenes inmemoriales.

Era hijo de Michele Formisano, un obrero viario, y de Gaetana Argano, procedente de una familia burguesa acomodada. De hecho, las mayores posibilidades económicas de su madre fueron lo que le permitieron completar sus estudios. Dotado de un gran talento e inteligencia, en 1878, el joven Kremmerz contaba con apenas 17 años cuando ya se encontraba cualificado profesional y académicamente para impartir literatura italiana, historia y geografía en la provincia de Napoles. En 1883 acabaría obteniendo el doctorado en letras por la universidad de Nápoles. Tras completar sus estudios, Kremmerz se dedicó a la enseñanza y al periodismo compaginando su trabajo con la formación y los estudios herméticos. Entre 1883 y 1885

trabajaría como profesor en un colegio en Alvito, un pequeño pueblo del Lazio, al tiempo que estaba empleado en una tipografía en su Portici natal. Posteriormente, y mediante la ayuda del fundador de la empresa tipográfica Eduardo Scarfoglio, el joven Kremmerz llegaría a convertirse en redactor del diario *Il mattino*. Poco después, en 1887, contraería matrimonio con Anna Beato. Entre 1888 y 1893 emprendería una serie de viajes fuera de Italia cuyas motivaciones no habrían quedado del todo claras. Los lugares que pudo visitar durante ese intervalo de tiempo tampoco se conocen con certeza, aunque se sabe que se embarcó hacia Montevideo, capital de la actual Uruguay, y regresó cinco años después en un barco de la misma procedencia. Se dice que durante estos viajes Kremmerz pudo contactar con el chamanismo. A partir de 1895 acabaría trasladándose junto a su esposa e hijas a Nápoles, donde iniciaría su actividad como escritor y divulgador de las enseñanzas y prácticas herméticas.

En 1896 Giuliano Kremmerz acabaría fundando la *Hermandad Terapéutica y Mágica de Miriam*, y que pretendía tomar como ejemplo el legado de las enseñanzas de su maestro, Pasquale de Servis, en torno a las prácticas sacerdotales egipcias de inspiración Isíacas, y a imitación de las organizaciones de inspiración Rosacruz. Durante este mismo periodo, y merced a sus propios medios económicos, comenzaría a publicar *El mundo Secreto*, una revista que suscitó muchas polémicas y desencuentros en los ambientes esoteristas de la época, los cuales no podían concebir que la práctica de la magia no estuviese limitada a una élite y que las ideas fuesen difundidas mediante propaganda impresa, vulnerando el secreto y la naturaleza inherente a unas enseñanzas que se consideraban codificadas y no divulgables de esa manera entre los profanos. Sin embargo,

Kremmerz siempre mantuvo mucha cautela a la hora de referirse a determinados contenidos, y nunca lo hizo de forma explícita.

Algunos consideraban que la organización iniciática fundada por el autor napolitano tenía vinculación directa con organizaciones y logias masónicas. A partir de 1909 Kremmerz acaba por delinear los puntos básicos de la Hermandad bajo un texto conocido con el nombre de *Pragmatica Fondamentale della S.P.H.C.I. Fr+ Tm+ di Miriam*. Estableciendo una red de sedes operativas en distintas ciudades de la península italiana como Nápoles, Bari o Roma entre otras.

Respecto a la Hermandad que había fundado precedentemente, en 1896, estableció como fundamento de la misma a la tradición hermética, a la cual dio un sentido terapéutico, y trato de hacerla accesible a todo el mundo, en lo que sus adeptos consideraban como una auténtica revelación. De hecho, los defensores de su doctrina —que todavía existen en Italia y se mantienen muy activos— consideran que Kremmerz había rescatado a la Magia de un estado de abandono, ignorancia y olvido. Paralelamente había adaptado tanto los contenidos teóricos, como los prácticos, a un lenguaje sencillo y comprensible para el gran público, eso al tiempo que se distanciaba de otras prácticas pseudo-espiritualistas de la época como el espiritismo o la teosofía. Igualmente fue un firme defensor de la Tradición itálica y europea frente a las teorías orientalistas y restableciendo los grados y líneas de la tradición hermética en sus líneas más básicas.

El espectro esotérico-ocultista y mágico donde desarrolló sus actividades la organización fundada por Kremmerz se movía en el fermento surgido de los ambientes intelectuales y espiritualistas de los años del *Risorgimento*. Dentro de estos ambientes

destacaron las logias masónicas de inspiración liberal basadas en el rito egipcio, las enseñanzas espiritistas de Allan Kardec o las prácticas médico-espiritualistas de Franz Anton Mesmer, en lo que se dio en llamar el magnetismo animal o *mesmerianismo*.

Posteriormente, Kremmerz y su familia se trasladarían, en 1907, a Camogli, más tarde a Ventimiglia para establecerse finalmente, y de forma definitiva, en Beausoleil, en el Principado de Mónaco. Se apartó momentáneamente de la dirección de la escuela de Miriam, pese a que llevó a cabo viajes periódicos a Italia. De hecho, entre 1920 y 1921 llevó a cabo una estancia en Roma y Bari con la intención de impartir conferencias en sedes de academias virgilianas y pitagóricas sobre la medicina hermética, uno de los puntales básicos de su doctrina. Con el advenimiento del fascismo, durante el *ventenio*, se vieron afectados los círculos herméticos y mágicos de toda Italia, siendo clausuradas muchas de sus sedes, lo cual motivó que los viajes de Kremmerz a Italia se restringiesen ostensiblemente. Sin embargo, el legado de sus enseñanzas ya había sembrado sus frutos, y era frecuente que muchos de sus discípulos viajasen a Mónaco. La vida de Giuliano Kremmerz acabaría apagándose un 7 de mayo de 1930, consagrado ya como uno de los grandes maestros del hermetismo del siglo XX.

El Tarot y la Filosofía

El Tarot y la Filosofía fue publicada originariamente como una compilación de artículos que, obedeciendo a una lógica más argumental que cronológica, vio la luz por primera vez en el año 1944 bajo el título *I tarocchi dal punto di vista filosófico*, en Milán, y a cargo del grupo editorial Fratelli Bocca. La compilación comprende los siguientes escritos, redactados en un intervalo de 14 años, entre 1909 y 1921:

- «El libro de los Arcanos Mayores» (1909)
- «Preludio de la Piromagia» (1909)
- «La Magia Adivinatoria: Los Tarots» (1921)
- «La muerte» (1923)

Al margen de estos escritos, podríamos añadir dos capítulos más que nos aparecen de forma fragmentaria, como extractos del «Commentarium» y relacionados con el apéndice de «Materialismo y Realidad Mágica», y el extracto de «Niego, Confirmo, Comento», que se publicó en la conocida revista fundada por Giuliano Kremmerz «Mondo Occulto», durante el mes de enero de 1911. Paralelamente, fue añadido otro artículo publicado durante el mes de diciembre de ese mismo año bajo el título de «Preámbulo a la medicina Áurea».

Posteriormente, tendrían lugar dos reediciones más, tras edición de 1944: La primera de ellas a cargo de *Edizioni del Graal*, de Roma, en 1981 y, posteriormente, otra a cargo de *Edizioni Il Torchio*, también en la capital italiana, y en el año 1999. En esta ocasión, podemos afirmar orgullosamente que Hipérbola Janus ha publicado por primera vez esta obra en lengua castellana. Precedentemente, nuestros lectores han sido

testigos de la publicación de «La puerta hermética», una de las obras más importantes del autor italiano, y publicada en el año 1910. La edición inicial, la de 1944, no está exenta de polémica y críticas por parte de los acólitos y seguidores del pensador italiano, dado que se atribuye cierta arbitrariedad a la compilación de los textos, e incluso la omisión deliberada de fragmentos o frases con unas intenciones no del todo claras.

No obstante, y una vez señaladas las incidencias y avatares que fueron testigos del alumbramiento de la presente obra, es más interesante centrarse en el contenido de la misma, y obviar los tejemanejes e intereses que, desde el punto de vista político, ideológico o editorial pudieran rodear la publicación póstuma de la misma. Sin embargo, no deberíamos olvidar que la relación tanto personal como ideológica de Kremmerz con el fascismo, no fue de lo más cordial, no en vano, fue posiblemente la causa que le incitó a trasladarse al Principado de Mónaco y visitar de forma ocasional el país Transalpino.

Por lo que respecta al contenido de la obra, el prefacio es toda una declaración de intenciones, un compendio de afirmaciones y juicios grandilocuentes, muy en consonancia con el espíritu de la época, del *Novecento* italiano. Es una época en la que los movimientos intelectuales de toda Europa se encuentran bajo el influjo de las corrientes irracionalistas de Nietzsche, bajo la sombra de autores como Sorel y Stirner, y en plena efervescencia de las vanguardias, entre la que destaca el nacimiento del Futurismo italiano, bajo la batuta de un impetuoso y petulante Filippo Marinetti, la antesala del primer fascismo. No obstante, y pese a ser una época que tiene el valor de ser la preparación intelectual de hechos que se concretarían pocos años después,cambiando la faz de la historia no solo italiana, sino europea, como sería el advenimiento del fascismo en Italia, *El*

Tarot y la Filosofía participa plenamente en el espíritu y la actitud del hombre del siglo XIX, es heredero directo de las esperanzas y anhelos de una sociedad burguesa demasiado acomodada, demasiado pasiva y dada al diletantismo, especialmente a raíz de la gestación de la sociedad de masas y la popularización de ciertos géneros literarios e intelectuales entre amplias capas de la sociedad.

Como vimos en *La puerta hermética*, Kremmerz continúa insistiendo en la idea de conducir a un principio de armonía del cuerpo con el intelecto que, mediante una síntesis de pensamiento y acción, sea capaz de coordinar y sacar a la superficie fuerzas «oscuras», latentes e insospechadas que están presentes en el hombre, potencialidades vitales, espirituales e intelectivas que podrían arrojar luz y sentido cósmico a los hombres de su tiempo, vacilantes en medio de la ignorancia y los prejuicios, en parte heredados y en parte adquiridos con el triunfo de las ciencias experimentales.

A finales del siglo XIX, concretamente durante el último decenio, vemos ciertos ápices de decadencia y degeneración, con una obra nietzscheana recientemente gestada, durante la década anterior, con la proclamación de la doctrina del superhombre, y la aparición de fuentes críticas y heterodoxas, como podría ser el propio George Sorel, desde un marxismo que evocaba valores cristianos y la necesidad de forjar un nuevo mito, una esperanza sobre la que construir una alternativa a los viejos paradigmas positivistas. Es una época en la que las certezas caen, y se palpa en la retórica, en el uso, en muchas ocasiones en tono imperativo, de juicios y aseveraciones que Kremmerz hace en torno al cristianismo y la ciencia burguesa, que aparecen como el blanco de sus ataques, como los grandes males que impiden ver al hombre decimonónico la claridad de los preceptos

kremmercianos, reflejados en la armonía de los opuestos, en una síntesis absoluta donde las contradicciones se difuminan.

Esta obra, como suele ocurrir en los escritos del autor itálico, están teñidos de un simbolismo que se intercala con la ironía y las críticas explícitas hacia los prejuicios heredados de un cristianismo paulino, que desde la desfiguración de unos orígenes más puros, de un gnosticismo que exaltaría conocimientos ocultos y de naturaleza iniciática perdidos en la noche de los tiempos. En el fondo, y de forma un tanto fragmentaria, encontramos ciertos ecos de ideas y preceptos que prefiguran el rico universo que, décadas después, y especialmente a partir de René Guénon adquirirá unas formas mucho más sobrias, con contenidos más sólidos y fundamentados, que convertirán al autor francés en el gran sintetizador de los conocimientos de la Tradición Perenne. Es evidente que Kremmerz no es equiparable a René Guénon, Julius Evola o Frithoff Schuon, pero sin embargo sí prefigura, en muchas ocasiones de forma no demasiado nítida, conceptos como el despertar de valores como la potencia espiritual, la armonización de los contrarios o la crítica hacia formas degeneradas y desviadas nacidas con la modernidad.

Destaca el simbolismo de los arcanos mayores, representados simbólicamente por tres figuras clásicas del tarot: Los Amantes, El Loco y La Muerte.

La primera de las figuras, la que corresponde a los amantes, expresa el sentido de sexualidad y atracción de los opuestos, de la armonía de los contrarios que estábamos comentando con anterioridad, y que expresan los conflictos que se generan previamente a la síntesis de aquellos principios que se encuentran en el contraste, en el conflicto.

Por su parte, la figura del loco evoca la exploración de las

nuevas fronteras, el salto al vacío del que habla el taoísmo, que obliga a desvincularse de las certezas y seguridades adquiridas, de toda zona de confort, para lanzarse a la exploración de lo desconocido, para ensanchar las fronteras mentales y espirituales, pero que siendo abandonado a su suerte, sin ninguna forma de guía y conducción por el camino recto, es susceptible de desviarse y puede desembocar en la autodestrucción o la degeneración, o alcanzar la conquista de nuevos horizontes, y es el espíritu del loco el que ha animado las conquistas humanas, el que le ha impelido a superar todo convencionalismo y prejuicio en cada época, para marcar un rumbo ascendente y decisivo en el progreso material, característica esencial de la sociedad burguesa. El loco puede decidir el rumbo y la dirección del hombre, cambiar radicalmente su relación con el espacio que le rodea, con su situación respecto al orden del Cosmos, es el constante elegir, lejos del prejuicio y los dogmas. En este caso, tendría también el sentido de juego y constante burla, además de creación y ruptura. El loco es, en definitiva, también la esperanza depositada en la posibilidad de cambio y crecimiento personal y colectivo.

Por último, y en referencia a la muerte, ésta representa el momento decisivo, los acontecimientos que surgen ante los hechos consumados, irreversibles, que implica la profundidad del cambio, la muerte simbólica de la que nos pueden hablar multitud de tradiciones iniciáticas y que marca un sentido de frontera, y a la vez de superación, un doble nacimiento que desemboca en la regeneración de ideas, de pensamientos y de perspectiva general. La consumación del hecho transformador, catártico y casi ontológico que el propio Kremmerz reclamaba para todos aquellos adeptos e iniciados en las tradiciones herméticas, y que en éste caso, toman forma mediante los arcanos mayores del

tarot.

Deseamos que nuestros lectores, tras esta breve introducción, puedan sacar sus propias conclusiones a partir de las lecturas del autor italiano, y que esta lectura pueda saciar su curiosidad intelectual, exigencias espirituales o el simple afán de saber y conocimiento.

El Tarot y la Filosofía

Prefacio

Anida en muchos un vivo deseo, una gran voluntad de convertirse en magos: científicos, filósofos, investigadores independientes, médicos que practican la hipnosis, magnetizadores, charlatanes, periodistas, sacerdotes y místicos, todos tienen la idea popular de la magia y del arcano mágico. Quien pone a un superhombre llegado al séptimo cielo, quien es un crítico incrédulo, un místico, un pontífice que excomulga. Pero desde 1899, año en el cual se comienza a escribir sobre la Ciencia de los Magos, un progreso enorme se ha completado: la ciencia humana, observadora y experimental, a través de tantos estudios y memorias de distinta índole, ha llegado a comprender y a confesar que cualquier cosa es posible en el hombre viviente, la cual, a simple vista, no aparece: una reserva de fuerzas ignoradas, que en ciertos momentos no se precisan, pueden dar lugar a fenómenos inesperados y efectivos.

Si el hombre no fuese la bestia más inteligente y dotada de la

zoología, se conformaría con sacar provecho de aquello que ha encontrado y probado, para prolongar el conocimiento práctico de estas realizaciones de poderes ocultos que están en nosotros. Poderes que están en nosotros, no con nosotros, que hemos aprendido a leer en nosotros. Hemos estudiado en las escuelas estatales un montón de bonitas cosas científicas (ahora se enseña también la psicología experimental), pero en nosotros, hombres, en mí, en vosotros, en vuestro portero, en el capataz, en humildes mujercillas, en la gran dama que pasa en automóvil y al camino siguiente. Al contrario, el hombre inteligente y formado, construye sobre un poco de la práctica de los demás, castillos de teorías que enredan más que todas las simples observaciones de personas simples, que intentan experimentar sin explicarse nada; de ese modo el fenómeno de las fuerzas ocultas en nosotros no se investiga según la naturaleza, sino a través de este cúmulo de teorías erradas, y se termina en aquella torre de Babel que fue la confusión de las lenguas en los tiempos de la historia sagrada.

Por decir una: muchos de aquellos que se ocupan en Italia, y en otros lugares, de estos estudios —místicos y teósofos en su mayor parte—, más allá de desacreditar nuestra Magia Antigua, ven por todas partes la Magia negra. Este apelativo de «negra» da escalofríos. ¡Debe suscitar una cantidad indecible de lamentos esta cosa tan negra! «La moda honesta es la espiritualización, el hombre debe evolucionar hacia lo alto, no hacia lo bajo; debe alejarse de la materia, y no enfangarse en el más bajo de los lodos de la tierra; todo aquello que es fin, objetivo, preciso resultado que un mago se propone por su beneficio y el de otros, es un error condenable; he aquí por qué la Magia que debe descartarse es la "negra", debe ser especialmente maldita». Es necesario responder así: la Magia es filosofía práctica y natural. No es mago aquel que no crea, que no beneficia, que no cura,

que no toma, que no da, que no consuela, que no prevé, que no provee, que no ama, que no bendice, que no alivia, que no defiende, que no derriba, que no detiene y no se frustra.

Las fuerzas ocultas residentes en nosotros, integradas en poderes que son parte esencial de nuestra naturaleza animal, como los músculos de nuestro cuerpo, llegan a atrofiarse si no se desarrolla ejercicio para mantenerlas elásticas. La voluntad directora de estas fuerzas es un reflejo de aquella chispa divina que es nuestro intelecto. En el equilibrio de espíritu y materia, combinados con dulce temperamento, la voluntad no ha sido nunca tentada a prevaricar: la justicia en el deseo determina la potencia realizadora de la voluntad. El hombre debe aspirar, con todas sus fuerzas, a la integración de los poderes y virtudes de su personalidad latente, durmiente, olvidada, delante de la nueva personalidad que le ha impuesto la sociedad en la que vive. Ni místico por exceso de espíritu, ni bestia por preponderancia de la parte más grata de sus elementos. Así, evolucionando lentamente, se entra en el ámbito de la Magia: un estado del ser que quien no lo prueba es incapaz de entenderlo.

Encuentro en un libro de una persona muy querida, que mediante la auto-hipnosis los magos lo obtienen todo; así en un folleto americano, que es realizado por una empresa para convertir en magos desde cualquier parte del mundo, a razón de diez dólares por mes. ¡Es muy fácil decir cómo hacen magia los demás sin hacerla! Así son las opiniones de los místicos, espiritistas, filósofos y teósofos. Se consigue hacer aquello que tú quieres, en un área de justicia humana donde tu consciencia permanece pura, sin detenerte a hacer el bien para ti o los demás: curando, dando, haciendo feliz también, por un instante, a quien recurre a ti por la más vulgar de las cosas; y no tomar en serio las advertencias de las personas que encuentran digno de

los superhombres el rechazo a quien pide ayuda.

Capítulo I

En el estudio de las Ciencias Ocultas, proceded desde ideas simples y claras. Si dais rienda suelta a la fantasía y a la imaginación, encontraréis, en la exagerada tensión de vuestro orgullo, que los resultados recopilados no valen para nada. La *Magia Natural* aprovecha el desarrollo de las fuerzas ocultas que se hallan escondidas en todo organismo humano. Sin exagerar, desarrolla como puede, y para aquel que puede, las manifestaciones que en nosotros pueden producir las fuerzas no cultivadas. Cuando digo *fuerzas*, digo vibraciones sutiles, potentes e inteligentes del cuerpo humano, en sí mismo tomado como unidad en sus relaciones con la naturaleza universal. Lo misterioso, lo maravilloso y milagroso en el ámbito de la naturaleza, y no más allá o por encima de la naturaleza. Son las prácticas de leyes ignoradas por el conocimiento humano, las que presentan resultados sin explicación y prodigiosos, junto a otras muchas manifestaciones, siempre varias y siempre desatendidas.

La ignorancia y la superstición de los vulgares se encuentran desorientadas ante los fenómenos que el hombre mismo produce en condiciones excepcionales, de las cuales no es fácil darse cuenta. Un mundo *de allá* es creación de todos los hombres primitivos, que no pueden explicar fenómenos que no son normales, que no son fácilmente reproducibles para todos. Así fueron creados los primeros rudimentos de los salvajes, así las religiones personificaron las fuerzas de las leyes naturales. El error de atribuir a las almas de los muertos los milagros de los vivos es el antiguo y siempre joven testimonio de la ingenuidad del vulgo.

El hombre que vuela en aeroplano es un Dios para las personas que ignoran los estudios progresivos que han dado lugar a la aeronáutica como una ciencia y un arte. El hombre interior, como *espíritu viviente*, ha sido presa de las instituciones religiosas en todos los tiempos y latitudes. Ha sido en cualquier siglo en el que la ciencia ha sido oficialmente reconocida, y las relaciones entre pensamiento humano y materia libremente investigadas, cuando los resultados de estos estudios hayan sido todavía modestos frente a la grandiosa trampa de los poderes durmientes en nuestro organismo: pero antes de conocer las leyes del despertar, ¡pasarán todavía muchos siglos! Los charlatanes se aprovechan de la ignorancia de los plebeyos intelectuales y explotan su credulidad; el misticismo, que es la parte más frágil de nuestro mecanismo psíquico por educación, tradición e historia, ayuda y alimenta el estado de temor a divinidades viejas y nuevas. Donde no se ha creado lo oscuro y sanguinario, como en Oriente, se crean los espíritus de los muertos, como en Occidente. La Magia Natural permanece en el ámbito de la *naturaleza*, frente a las debilidades de la buena fe de las nuevas revelaciones, a base de espíritus desencarnados que todos

saludan como la religión del porvenir. Y será siempre una religión, una confesión de la ignorancia humana respecto a las leyes naturales que regulan los espíritus del hombre viviente. Respetamos las honorables opiniones de los creyentes, por las escuelas cristianas nos han inoculado la maravillosa concepción de que la fe es nobleza y expresión de almas puras y rectas. La historia moderna comenzará cuando la nueva química analice y desarrolle los elementos animistas que constituyen al *individuo hombre*, y señalará el fin de una larga noche en la que el hombre se ha ignorado a sí mismo.

La Cábala, para quien no lo sepa, es la fisiología de las leyes absolutas y de los elementos inmutables de la naturaleza física, inteligente y mental, de la naturaleza en su expresión concreta. La Cábala es la forma hebraizada de la misma filosofía órfica, egipcia y pitagórica. La pitagórica es la más completa, pero la más compleja para los intelectos no ejercitados. Sin embargo, en esta matemática de principios activos y activantes, el mundo *Universo* es concebido como una unidad: es la unidad más grande y también la más absoluta, el macrocosmos visible e invisible en sus partes lejanas, a cuya vista, y la del telescopio, no llega, por ser aquello que es el *Ser* inconmensurable e infinito. El *hombre* (recordad el enigma de Edipo) es la *unidad no mesurable e infinita* más pequeña, es el universo en pequeño; Ser breve, pero indeterminadamente profundo.

Es el microcosmos en la dimensión de la realidad concreta, finita e infinita. El Ser unitario e inmenso es global – el gran Universo es la *plenitud*, lo *completado*, lo *colmado*. Etéreo o pesado, es complejo de materia; soberbiamente evaporador ante determinadas corrientes de sutiles e inteligentísimas formas y fuerzas, movimiento, vibración y armonía, donde cada desplazamiento de moléculas planetarias y estelares tiene un

reflejo y una reacción sobre límites infinitamente más lejanos del gran cuerpo. Pitágoras escribiría α (alfa), el uno y el mil, el millón y el infinito: el *número*, el valor por ninguna fuerza o concepción precisa y limitada, y realmente limitado en la precisión del *número*, que es gráfico y, por necesidad, finito. Necesita entender que lo inmenso llega a ser *finito*, determinado y delineado por simple la simple virtud de la expresión. El número que todo contiene en sí es el 1; pero la expresión gráfica u oral es ya la concreción del *infinito* en el *finito*. De aquí la *unidad* microcósmica, el hombre. Como la concepción del gran Universo es global, el pequeño universo: el hombre, es la profundidad, el abismo insondable. El abismo en el cual no está el Universo infinito, en la *unidad* colectiva, planetaria y estelar, sino en el universo pequeño. En el hombre, en la oscura profundidad de su conciencia, a la cual no se asignan *límites*. Subconsciencia, consciencia, inconsciente, consciencia subliminal, individuo histórico, personalidad oculta, demón socrático, pasiones, ángeles, medianidad, masa, inteligencia, mentalidad superior, bestialidad, instintos, memoria, sueños, visiones, glosalia, voluntad divinizante, virtud de todo tipo, vicios de todas las categorías, razón, sufrimiento, alegría, amor, afecto, miedo… en este abismo encontraréis la gran Enciclopedia de Larousse al completo. El microcosmos llega a ser, en su profundidad pequeña e insondable, más desconcertante que el macrocosmos, el cual no está en nuestro pequeño universo, tangible en la percepción como en el pensamiento que, en un momento de oscuridad, relampaguea sobre nuestra psique y nos desconcierta con su luminosidad. Sondead en el abismo, y encontraréis la clave de las religiones viejas y nuevas; extraeréis los espíritus de los muertos de hoy y las mesas giratorias, el diablo de las iglesias, los elementos de todas las masas humanas, la mutabilidad de las

opiniones, el fluctuar de las fidelidades, el místico evangelio del devenir, San Ignacio de Loyola y las teorías de la esclavitud o de la anarquía.

Proceded ahora, por ejemplo: La síntesis del *microcosmos* es el cuerpo humano. Los órganos internos del cuerpo humano son términos fijos, no móviles: no son capaces de desplazarse en el organismo sintético. El corazón, los pulmones y el hígado están en las zonas donde cumplen sus funciones particulares, no se desplazan. *Cada síntesis móvil es organismo, factores o coeficientes fijos.* El *macrocosmos*, el mundo universo, inmensa unidad sintética, debe considerarse como móvil (sintéticamente desplazable) en el continente infinito, de órganos y factores fijos, de movilidad aparente, o limitada a un ámbito fijo y determinado. En el *microcosmos* (hombre) la vida es el producto de las funciones equilibradas de sus órganos. En el *macrocosmos* (universo) la vida está en la actividad de sus elementos, de la cual cada uno es una síntesis orgánica (planetas, grupos estelares, sistemas solares). En el hombre el desgarro de una célula epitelial, la punción con una aguja o una presión sobre cualquier punto periférico, determina una sensación táctil que puede transformarse en dolor, y que hace vibrar anormalmente los centros sensibles y actúa sobre órganos y las funciones de éstos, determinado un desequilibrio tenue, fuerte o fortísimo; las sensaciones no serían los resultados de estos desequilibrios, estados brevísimos y rapidísimos que rompen la quietud funcional de la síntesis más pequeña. En el Universo cualquier alteración, aunque normal, de la funcionalidad de sus grandes órganos, o cualquier estado nuevo de condiciones de ser de un planeta o un sol lejanísimo, a millares de kilómetros, influye sobre el resto del gran cuerpo sintético, en un reflejo sensacional. Si la presión prolongada sobre una arteria braquial detiene la circulación en las extremidades, y

se refleja sobre el organismo humano de forma más o menos tenue, la interposición de un planeta entre el sol y el resto del sistema debe modificar la economía general de la vida planetaria en aquel sistema donde tiene lugar, y más allá del sistema por reflejo. Así, en la tradición egipcia se trazaron los orígenes de la astrología y las influencias astrales en las hipótesis de *tolöm*, el colegio sacerdotal que observaba la influencia de los astros.

Así, en el microcosmos el mundo exterior y visible, determina las impresiones anémicas, y del abismo desconocido[1], fondo astral del hombre, emergen fuerzas, movimientos y vibraciones insospechados. Así se establecen las leyes de la magia adivinatoria. La Cábala, de las palabras de escritores fantasiosos, ha salido desnaturalizada y complicada, y los estudiosos –después de mucho leer– para volver, con mi invitación, a la simplicidad de los orígenes de las interpretaciones elementales, deben destruir la mitad de las ideas hechas y engendradas a partir de bellas frases. Como libro misterioso, es comprensible que se encuentre la clave que lo explica, ante las muchas claves que le descubren grados. De lo relativo resulta lo absoluto, para remontar hacia lo finito y lo temporal. Para la orientación de las modernas investigaciones, el estudio de la Cábala contribuiría a un valor de gran eficacia respecto a aquel grupo de doctrinas en formación que tiene por objeto el espíritu del hombre y la materia, y que no encuentran el punto de equilibrio en el cual ambos valores se compensan y se fundan[2].

La sucesión histórica de las ideas no se puede precisar. En la humanidad, las ideas generales se siguen y renuevan mediante ciclos. ¿Cuales son los focos de estas curvas parabólicas para evaluar los ciclos? No se sabe. ¿Suponen el retorno a grupos de criaturas desaparecidas con la muerte y renacidas para continuar

la obra inicial de otros tiempos? ¿Son pálpitos o pulsaciones de la zona coloidal del universo, que expresan ideas e imágenes desaparecidas pero no destruidas…? El hombre siempre ha buscado el libro sintético, poco voluminoso, capaz de integrar los problemas no solucionados. No es una teoría, sino una llave. La llave de la Cábala está por buscarse, como aquella de la Alquimia de los alquimistas clásicos, padres involuntarios e insospechados de los doctores en química de las universidades modernas. El premio al hallazgo de la llave es maravillosamente conspicuo. El cofre de hierro que contiene la verdad está cerrado. ¡Quién sabe dónde se ha colocado la llave! ¿Se ha clavado en la despensa? ¿En el fondo de un pozo? ¿En el cuenco de Calandrino? Quien la encuentre, que lo abra y lo vuelva a cerrar, que conserve la llave con cuidado, porque no sólo él perdería el tesoro, sino que el tesoro sería perdido por todos… El derecho de propiedad es de ayer. La posesión con una obligación de servidumbre: conservarlo por sí, ocultarlo por sí, no hacerlo robar, como la vieja lámpara de Aladino. Y fue lógico; la Magia era *Ars Regia*, la alquimia *Ars Magna*; sobre una y otra pesaba la concesión divina. El filatélico escribe su tratado magistral de Alquimia indicando la entrada para acceder al palacio del Rey. Hacer el bien a la humanidad es propio de los Rosacruz, pero el cofre está cerrado y la llave en el bolsillo. Hay una segunda razón para justificar tal actitud: la profanación. Aquel que posea el secreto, no lo donará a los plebeyos: el tesoro del bien y del mal se transforma en un infierno de mal que se otorga a los que no lo merecen, y la corona está perdida. Para llegar a su posesión, era necesario un mérito. La filosofía de la Cábala es realizadora de poder, pero para entenderla es necesario volver a consultarla.

En la naturaleza existe, entre las formas, un vínculo indisoluble

como entre todas las sustancias. Este concepto unitario del *Macrocosmos* como unidad universal, no es un ensayo de difícil interpretación de la idea de la manifestación y de la no separación de las cosas. La visión del Universo es relativa, pero, sin embargo, es, de cualquier forma, armónica y de imágenes relacionadas y nunca independientes. Esta unidad en la naturaleza existe por la imposibilidad de separación. Sin embargo, todas las unidades de forma y sustancia, todas las *especies naturales* son unidad por sí mismas, solo porque instintivamente tienden a la separación. Un ejemplo: el hombre. El egoísmo no conserva la unidad. Un *instinto* rudimentario del egoísmo debe existir en cada especie de los tres reinos naturales de la convencional clasificación escolástica. Las formas de cristalización, las formas de florecimiento en las plantas, las formas somáticas de los animales, son *instintos* del egoísmo separador, al cual tienden, sin éxito, todos los individuos y todas las unidades. El caos, en el secreto cabalístico, excluye la idea de la combinación química y acentúa aquella de la separación como instinto, aproximándose a la mezcolanza. Si al Caos le hubiese sido agregado el principio femenino que existe y *preside a las formas* en el Universo, no hubiese tenido formas, porque aquello que preside la fusión de las sustancias de naturaleza separada es un principio femenino, al cual se le da el nombre de *Amor* entre los seres de forma humana. El odio es el principio de separación, el egoísmo en el momento de su rebelión en el mundo. A pesar de toda rebelión hay un vínculo que no se rompe entre la voluntad que no cede y el resto de la naturaleza. La individualidad es una apariencia. El *separar* es el enigma de la magia de los grandes magos, y es la única finalidad absoluta. Una planta en un prado y un perro que corre por el camino y se aleja del prado están separados aparentemente: en el momento que miramos, nosotros

olvidamos que perro y planta respiraban el mismo aire y tocaban la misma tierra. Nosotros, que observamos aquello, tocamos la misma tierra y respiramos el mismo aire, y olvidamos ser parte de la conjunta y continua de la visión exterior. ¿Quién nos puede decir que la visión no sea un simple producto de estas continuidades? ¿Y que es esta la que nos da el sentido ilusorio de nuestra separación de las cosas vistas?

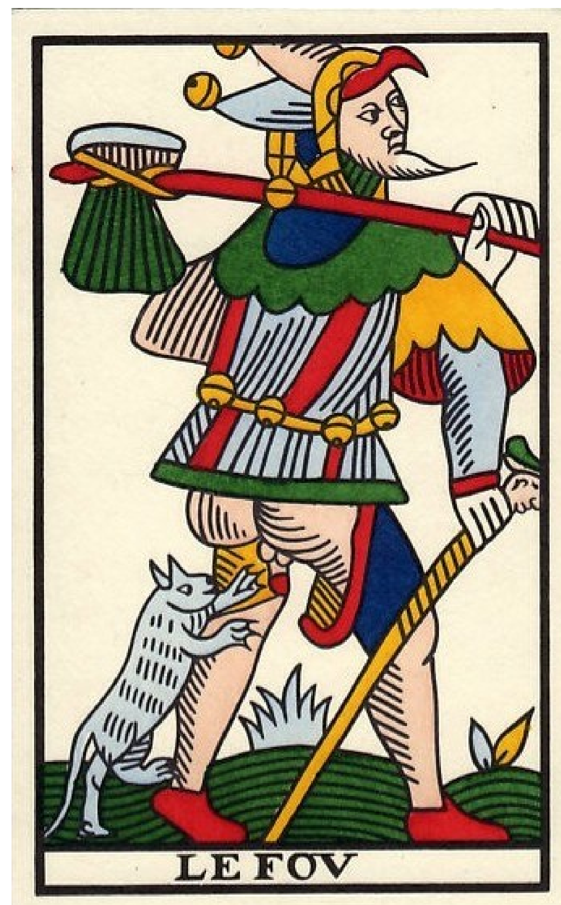
Capítulo II
El prólogo del loco

He escrito este libro, que es el libro de la humanidad divina, en veintidós noches de luna llena, para dar al mundo latino, a *latendo*, un monumento científico que los doctos de la posteridad deberán estudiar, pesando los suspiros, como enseñaban los maestros de clavicordio tras la muerte de Fray Guido d'Arezzo. Lo he escrito con tinta destemplada de sal amoniaco que, recordando a los alquimistas más célebres, no se compra a kilos en los espacios del Gobierno.

Lo he extendido entre todos aquellos que la piedra de los Filósofos suele tomar en sus deleites de fusión y credo, modestamente, habiendo escrito una obra maestra. No tomo la patente, porque antes de que el Nilo se seque, no nacerá un poeta que escribiere sobre los cielos con palabra de hombre.

(Un lector) — Henos aquí, ¡ante un documento de la masa razonable!

Es probable. No me ofende tu juicio, porque o debo considerarte como un vil pedante que busca la gramática que aflora en los escritos y una ciencia, a su modo de ver, con microscopio y balanza infinitesimal, o debo imaginarte, bestia presuntuosa que juzga como Minos con la cola. En todo caso, te he concedido la libertad para vituperar contra aquello que no conoces.



— **Fig 1.** Carta de «El Loco» (*Le Fou*, *Le Fol* o *Le Mat*) según el Tarot de Marsella.

Retomo. He dicho que no nacerá un poeta que escriba cosas como esta, porque los poetas son hoy, como fueron en los primeros días, los hombres que sintieron el fuego sagrado en las entrañas, donde se formó la palabra *vaticinio*, que el poeta arranca a los cielos, los cuales son, en lenguaje sagrado, los

escondites donde se ocultan los dioses[3]. He aquí la razón por la que te exhorto a que los que nos sucedan deban pesar estas verdades con la balanza que la sagrada Iglesia Romana ha puesto en las manos de Michæl, cuya bellísima cabeza está en las nubes, los pies sobre el dragón de las pasiones humanas, mientras que las copas de la máquina están en equilibrio entre el ombligo y el arcangélico pubis[4].

Y no he escrito la solemne escritura lanzando una mirada a las miserias de la decadencia religiosa y a la audacia terrible de la sabiduría licenciada que la filosofía niega, y que la experiencia concede a milímetros y en privado, duda implacable que tiene sospecha. Religión de *religo*, une al hombre a la divinidad mediante la fe. *Fides* nace del miedo al dios desconocido: Zeus, Jehová, Júpiter, la causa del relámpago que se desliza entre las nubes, que se ocultan al ente causal. Un astrónomo va más allá y encuentra en el universo, *unus versus*, lo inmenso en una sola cara. La morada de los dioses en la cima del Olimpo asciende improvisadamente a las alturas, al mismo tiempo que el perfeccionamiento de los telescopios. La ciencia (de *scio* = yo conozco) no puede, no debe creer si no lo consiente la experiencia, que es la prueba del conocimiento, y la suya, que ahora parece una marcha de obstáculos, será un día, ni cercano ni lejano, la anunciación de la necesidad de un pontificado salomónico, el cual tendrá las llaves de la fe por derecho de sabiduría. Porque las dos llaves de San Pedro, aún cuando fuesen de un metal muy noble, se han oxidado al contacto con los ácidos de la bestia triunfante y por la falta de preparación para el sacerdocio científico en aquellos que, por derecho de cónclave, las han tenido bajo las axilas. Y me detengo sobre la ribera del Tíber. Roma, *caput mundi*, heredaba el derecho conferido por la Ninfa Egeria de Numa, al colocarse como líder de la fe de los

pueblos. Católico vale como universal. Los romanos belicosos, antes de unir el imperio a un pueblo nuevo, en la urbe sagrada, acogían triunfantes a los dioses grandes y pequeños de todos los cielos, de cada región, de cada lengua, debiendo formar en un corto espacio de tiempo, en los ocultos meandros de la ciudad Eterna, una asamblea babélica que tuvo necesidad un hermoso día de llamar, dentro de los muros a un Paulo o un Pedro que sintetizase la unidad de la lengua celeste en el pandemonio de las diferentes y divinas lenguas.

Así los Esenios cristianos, bajo el símbolo del pez[5], echan raíces en Roma, absorbiendo cultos y tradiciones que les confieren el derecho de llamarse católico, mientras que el dominio imperial se rompía con las irrupciones bárbaras. Lo que ha acontecido desde entonces todos lo saben, menos los sacerdotes. La religión clásica, heredera de la grandeza práctica egipcia, único ejemplo en la doctrina religiosa de todos los pueblos, debía convertirse en católica en lo sucesivo, como palabra de un Dios luciferino, cada progreso de la ciencia humana, llegando a ser, contrariamente, la traición histórica de la idea de la luz. No valieron las tentativas reformistas. La historia de los Templarios, latrocinio vituperante de temporalidad y sabiduría con la que colaboró un Capeto, se siente demasiado poco, pero lo será más tarde, aún cuando el mismo papa y el mismo Capeto habían, muchos siglos después y de forma distinta, pagado el pecado. En Italia muchos mártires fueron malentendidos en el concepto fundamental de sus pretendidas herejías. Bruno y Campanella merecen un estudio al calor de otros candiles filosóficos en lugar de la ciencia y sus profanaciones de las verdades ocultas. El nuevo Papa, el grande de la profecía de la resurrección, ¿será un santo por fe o un inmortal por ciencia?

(Un lector) — Comienza a decir muchas cosas… detenido en Roma

Si pudiese, me detendría; pero habla el espíritu que no se para. La iglesia de Cristo no puede ser ni juzgada, ni discutida ni reformada *ab imis* sino cuando hayamos digerido, por selección, los veinte siglos de inmunización sacerdotal que gravita sobre la psique de toda Europa, comprendida la parte protestante y la ortodoxa. Rosas de profunda suciedad. La revolución francesa no tuvo su efecto completo porque una onda de verdad no lava todas las manchas del agua de las fuentes bautismales. No obstante, vuelvo a la ciencia que experimenta y digo: la doctrina de la esencia humana se impone; hace veinte años, hablar de ciencias ocultas y de magia al mundo de los estudiosos, suponía la excomulgación del obispo o un diploma de charlatanes de la universidad. Ahora el tiempo es más propicio: los obispos no se dan por entendidos, empeñados en combatir a la hidra moderna; las universidades, aún intuyendo que una verdad profunda existe, de la cual las cátedras regias no confieren el secreto y el poder, ya ven aquí y allá el nombre de los ilustres que dan el primer bautismo científico a cosas repudiadas, si no como imposturas o sueños de crédulos, o bien confinadas en los almanaques de las fieras. Así un nuevo horizonte se abre a la ciencia oficialmente aceptada, y se vislumbra una función excelsa para integrar en un solo haz de doctrina experimentada toda la potestad de la materia humana, de la cual, la religión, superada, ha desnaturalizado la concepción. Es difícil para el cocinero dosificar la pimienta. Es necesario definir las palabras lo mejor posible para entendernos. ¿Existe verdaderamente una ciencia oculta, en la época del teléfono sin hilos y de los dirigibles? ¿El famoso adjetivo «oculto» no se trata de una etiqueta clásica

adherida a una botella vacía? Aparentemente no debería existir porque, al admitirla, se le confiere una gratuita patente de estupidez a las Academias de las ciencias humanas; pero en realidad podría existir, porque las Academias que poseen toda la sabiduría notable, ignoran algunas verdades axiomáticas, las cuales son el fundamento del conocimiento que produce cosas milagrosas.

La luz, el calor, la electricidad, la fuerza mecánica de las ciencias físicas, el amor en la psicología, el dolor, el placer… no son más que cosas ocultísimas en su esencia absoluta. La ciencia humana se ha aprovechado de estos sublimes desconocidos, ha estudiado las manifestaciones, las ha provocado y adaptado a los efectos del mundo físico y ha comentado las extravagancias, las manifestaciones de psicopatías humanas han salido de la categoría ordinaria de los fenómenos naturales. Pretender que Marconi nos explique por qué una pila desarrolla una energía y por qué esta energía es especial y determinante para tantos fenómenos, es un absurdo: es lo mismo que preguntar al Director de una fábrica de fósforo por qué éste se ilumina al frotarlo sobre una superficie rugosa…

> (Un lector) — Detengámonos al menos aquí. Estas son cosas que las resuelve cualquier mortal, sin incomodar a Marconi. La luz, la electricidad, el calor o el sonido son conocidos hasta por los mocosos de las escuelas obreras.

Se sabe cómo se producen y se reproducen siempre. De su esencia han discutido profundamente los doctos, hasta dar con una única naturaleza y origen. Y cuando todas las manifestaciones físicas las hayan reducido a la única raíz de fuerza o movimiento, yo te repetiré la misma pregunta: ¿Por qué

la fuerza? ¿Y por qué el movimiento? ¿Cuál es el por qué de sus respectivas naturalezas? Compárese un incognoscible, un desconocido y un oculto. Recordándote que en tiempos muy remotos yo fui un pontífice, te diré que luz, calor, sonido y magnetismo son cuatro dioses y las cuatro caras de un dios único. Los nombres los encontrarás en todas las mitologías… Abre bien los agujeros de tus oídos si te hablo de amor, de dolor y placer: aquí lo oculto se presenta más oscuro que nunca. Tú conoces las tres cosas, tu vecino las conoce igualmente, tu sirvienta, tu portero, tu zapatero que está en la esquina de la calle, la elegante señorita que corre con el automóvil brillante, todos ellos saben estas tres cosas. Pero las tres palabras tienen miles de significados diferentes en miles de personas, y cien en una sola persona y cientos en horas diferentes. La madre, la hermana, el padre, el libertino, el hombre tímido, el violento, el jovencísimo, el adulto y el viejo; todos aman. ¡Encuéntrame la definición del amor! ¿Entiendes? ¿Lo entenderán los otros como tú lo entiendes? ¿Cómo lo intuyes y lo entiendes tú? Mira un crucifijo. El Cristo en la cruz nos dijo que fuese amor, como aquello que Buda rezó ante el tigre ávido de saciarse de su carne, porque su amor por ella no él no le permitía verlo sufrir de hambre ¿Cuántas santísimas histéricas del panteón católico no han hecho el amor, literalmente, con Jesús extrayéndole los clavos de las axilas? Y aquí vuelvo a la física: ¿Percibes todas las sensaciones de la luz, del sonido y la electricidad como todos los señores que te he citado más arriba? Me dirás que la universal homogeneidad de las sensaciones está controlada por la mecánica de los aparatos adaptados al registro de la intensidad; a pesar de que el termómetro señale 20 grados, tú y tu vecino no sentiréis la misma sensación física y psíquica; y aquí un poco de pimienta, para que no se piense que *las cosas están en un valor relativo respecto a*

las percepciones individuales que se tienen de ellas. La sensibilidad normal está sorda frente a una súper-sensibilidad morbosa. ¿Pero es verdaderamente morbosa una súper-sensibilidad que quizás podría ser normal al parecer de generaciones venideras? Y desde esta gradación no mesurable de la sensibilidad, ¿el mundo es como lo ves tú, que habitas en el último piso de la casa, o como el portero que lo analiza desde el piso más bajo? Ve, oh impetuoso lector mío, que tropezamos con un guijarro de piedra oculto a cada paso. El camino es áspero. Si en la vida cotidiana el hombre tuviese una forma de reflejar y pensar todo aquello que la ciencia y la religión no explican, no preveríamos, no impediríamos, no facilitaríamos ni nos envalentonaríamos ante los grandes y pequeños fastidios cotidianos, quedarían asombrados de nuestra miseria oficial, porque oficiales son la ciencia y la religión. Las causas que generan angustia ante la vida deberían pertenecer al dominio de una u otra y, contrariamente, quedar ocultas en los misterios de las tinieblas más profundas del empirismo escéptico. La civilización de una gran raza evolucionada comienza el día en el cual el hombre, científico o sacerdote, tiene el poder de aliviar cada dolor que nos oprime y nos aterra.

Todo esto es anticristiano, lo sé. ¡Nos han predicado durante tantos siglos que el dolor es humano, que hoy parece una herejía escribir que la civilización comienza la conquista del placer de vivir! Mira las cosas pequeñas. Entra en contacto con un hombre al que nunca hayas visto, en un tren o en un café. Ese no te ha hablado ni molestado, y tú te sientes irritado, como si te hubiese dado un bofetón una hora antes. Sientes un hambre de lobo, pero antes de entrar en casa presientes que la cazuela ha estallado en el horno y deberás esperar y lanzar blasfemias contra Santa Vereconda. Tienes un hijo enfermo, y entre la madre que reza a

la Virgen y el médico que científicamente te lo mata, tú mientras tanto adivinas que la madre naturaleza te lo sana. Son cosas de las cuales el vocabulario oficial ya señala los nombres: antipatía instintiva, percepción premonitoria, previsión intuitiva; está bien, pero la fuerza, la inteligencia y las leyes que manifiestan todos estos fenómenos están ocultas. Mira las cosas grandes: epidemias, guerras, inundaciones o terremotos. Ciencia y religión hacen de garantes para impedir los mayores y devastadores efectos, pero ¿quién vence, quién prevé, quién determina o limita las consecuencias dolorosas? ¿Quién lo detiene, quién lo impide cuando el aura de sangre ya se respira en los pulmones de todo un pueblo? ¿Qué hacen ciencia y religión ante los tremendos cataclismos de la naturaleza que engullen víctimas sin tregua? La ciencia se arma de experiencia y razona; la religión de plegarias por los muertos y fe por los vivos. Lo oculto queda como tal. Sin embargo, la leyenda, aunque pegada a una botella vacía, puede ser una sabiduría oculta y arcana. El vacío del arca santa puede contener un Dios omnipotente o una Nada, pero lo oculto es verdadero, es posible, es real y puede ser un Dios que es la Nada.

(Un lector) — Llega a ser impío.

No te maravilles. Permanezcamos sobre los márgenes del abismo, en cuyo fondo reina el soberano satanás; donde reside la ciencia de lo oculto, como Dios en la ley. La ley es universal. El milagro en la ley no es posible. Por esa razón el catolicismo es mágico como culto, y ha nacido como una religión científica de Occidente. Desde el punto de vista creativo de la fe, los teólogos occidentales y metafísicos que, sobre el Aquinate, han desnaturalizado la esencia del culto, y han tenido miedo de la

luz; bastarían dos sacramentos, el del bautismo y la sagrada unción, para determinar el carácter sabio; la mesa de los muertos, para celebrar la nigromancia[6]; la consagración en la mesa ordinaria, para evocar al Gran Arcano de los alquimistas. Interpola a las cuatro letras hebraicas que da el nombre de JEVE, una quinta, y obtendrás la sigla de la inicial gnóstico-cristiana: Cristo, el Dios-hombre, el Hombre que será Dios, un hombre que procede del Padre, pero que asume la potestad del Padre, oculta y grande, la inefable Nada.

(Un lector) — ¡Oh impío!

Impío o loco, quizás tengas razón; y yo te recuerdo el *Credo*: antes de que el cristiano católico se aproxima un símbolo sacramental de culto, el sacerdote nos dice: Cree. YO CREO. Todos los hombres creen. Desde el espíritu más fuerte al más débil, todos los bípedos con pantalones o faldas tienen fe. Quien no la tiene en una cosa la tiene en otra. Quien no la tiene en ninguna cosa cree en sí mismo. Aquel que ignora las leyes del espíritu humano, que se arrodilla ante el Arca Santa de la Nada, se fabrica un Dios o da una cara a un Dios aceptado por más. Aquel que niega el culto tiene fe en la pupila de su ojo, que ve, en la mano que toca, en la mente que razona. Pero dime tú, oh lector que haces de tanto en cuando del cuerno de la caza en la armonía de mis palabras, dime tú, si el hombre está seguro de sus meninges. Desde hace treinta siglos, más o menos documentados, la humanidad ha razonado o ha pretendido hacerlo. A los documentos de la justeza de la razón humana se les presenta un continuo renovarse de las sociedades políticas, la destrucción de familias y razas, la patente injusticia que divide hermanos de hermanos y nos quiere poseedores de los conquistadores. ¿Quién

te garantiza que razona hoy en esta vieja humanidad, la cual ha alegado, ayer como hoy, su infalibilidad de raciocinio? He aquí por qué en materia de espíritu debes creer: el absurdo, en la conquista de las verdades de la divinizada bestia humana, es el fundamento preciso de las religiones hechas para las masas, cuando el Olimpo estaba más cerca de la tierra, mientras que ahora está lejos del sistema planetario, a millares de millones de kilómetros. ¿Sabes tú qué es el tiempo? No lo saben ni los suizos que fabrican los relojes más económicos… El hombre lo atraviesa como un idiota, entre la ambición de prepotencia sobre sus iguales, la concupiscencia de las mujeres y el miedo a lo imprevisto. Si se le persuade de su impotencia, llega a ser un Filósofo razonable o místico. El arcano de las masas lo mantiene sobre la brecha impávido, contra las desilusiones y miserias de la realidad. Trabaja en la destrucción de sí mismo y cada instante, sin tregua, tranquilo ante un enigma que pueda existir irresoluto ante él… El espectro de una penitencia redentora se aferra a su mente como un oasis, o espera que otros lo hagan por él.

(Un lector) — Júzganos sin piedad.

Déjame hablar. Hablo yo, habla Satán, habla la ciencia de la fe y hace el elogio académico de aquellos primeros padres con pelucones que, en el primero, segundo y tercer siglo escribieron de todos aquellos, sobre las cosas sagradas de la religión, que triunfaba en la Roma imperial. La ciencia oficial hace su entrada en el reino de las tinieblas con el estudio de los dos poderes satánicos que posee el hombre: la autoridad fantasmal es aquella que exterioriza las fuerzas magnéticas o vitales. ¿Sabes tú por qué se llaman satánicas? El valor de la palabra Satán no es sentido por los cristianos posteriores del tercer siglo; he aquí por

qué el famoso «*Pape Satán Aleppe*»[7] no ha sido entendido. La raíz SAT corresponde al órgano generador en los animales mamíferos machos[8]. Los impulsos o abreviaciones de ello eran tomadas como los movimientos normales, bajo determinadas excitaciones, de las potestades nerviosas o de las auras nerviosas del hombre, por medio de las cuales el hombre proyectaba fuera de sí su sombra.



— **Fig 2.** *Adda Nari* — Diosa de la religión y de la verdad de la mitología Hindú

Desde estas sombras viene el origen de la palabra María, que los comentaristas católicos de pacotilla quieren tirar desde *amaritude maris*; por el contrario Mara, en la religión piromágica de los persas viene a significar la sombra, de la cual *Marí*: autoridad de la sombra proyectada fuera del cuerpo humano. Y, en el sentido mágico, literalmente correspondiente al *Adda Nari* de los indios, la cual desde el pecho caza cuatro brazos con

relativas manos que llevan a los cuatro palos de las cartas del juego, que son los cuatro instrumentos de la gran Alquimia: el cetro, la copa, el puñal y la moneda. Si los estudiosos de los fenómenos mediúmnicos y, entre estos, aquellos ilustres que se detuvieran a observar la imagen de la *Adda Nari*, se convencerían de que, hasta la época en la cual hablaban los pájaros y los ganados, la humanidad sabía que el hombre o la mujer podían emitir otros órganos más allá de los normales, para consumar un prodigio. Astarte, con muchos y muchos senos de pezones heréticos[9] sobre el amplio pecho, era la imagen plástica idéntica del poder de la sombra. La María cristiana ha sido desnaturalizada un poco demasiado por los teólogos bizantinizantes y por la plástica grecorromana, también porque cuando Paulo comenzó a predicar el esenismo, dio en su apelación inicial un carácter demasiado servil a los rebeldes pobres, simples, lacrimógenos. Su asunción del cielo parece hecha por los demasiados méritos del hijo Cristo, que le impone el carácter de la virginidad. Volveremos sobre este argumento curioso cuando hablemos del arcano de la Papisa.

Por ahora me limito a iniciar a los experimentadores, aunque una mirada inteligente a la demonología medieval no resulta inútil, cuando se hacen experiencias que parecen nuevas y son más viejas que una uva pasa. La *Lilith*, que todos los rituales brujeriles y las maldiciones y exorcismos citan, era una diablesa *succubus* que no temía ni al agua santa ni a los más terribles salmos, y adquiría formas extrañas y violentas, independientemente de la voluntad de su amante de una noche. Como *Adda Nari* y *Astarte* representan en el símbolo mágico y religioso las propiedades exteriorizantes de las fuerzas ocultas regulares, volitivas y conscientes, como *Lilith* representaba la irregularidad de la exteriorización, sobre la cual no había tomado

ni la voluntad de inhibición del sujeto o del magnetizador. Una gran forma de histerismo con fenómenos epilépticos de gran eficacia[10].

(Un lector) — Bravo, comienza a dar razón a los clínicos…

No a la doctrina que deducen. Los pocos casos de médium que han desarrollado naturalmente los poderes satánicos de la sombra, no pueden permitir una adhesión que esté ya creada por una doctrina de los fenómenos examinados y aceptados… Querríamos, por ejemplo, que un médium singular evocase a IBANIMA, que fue el sexto pontífice de la dinastía sagrada, para extraerle de las vísceras el secreto para dar la autoridad en el desdoblamiento de todos aquellos que quieran manejarlo al completo, desde la propia sombra o parcialmente, con sus solas fuerzas… Y acompañado también de una ley que impidiese escribir sobre ciencia oculta. Porque esta ciencia ha existido desde que dejó de ser el arma del poder sacerdotal. Ni se limita a la metafísica ni es una religión, ni mucho menos la teosofía que se viene difundiendo por Europa, casi como si un tipo de Buda pudiese demostrar que se ha aprovechado de cualquier cosa de los orientales.

Esta ciencia es *Magia*, nombre desacreditado pero único y simple, que responde a aquello que es: *Mag* es el poder de trance activo; no encuentro cómo explicar mejor algo que pocas personas pueden entender: es el estado de trance automático, volitivo de la sombra en todas sus explicaciones y realizaciones. La Magia es ciencia y arte; en el estado de simple doctrina da la llave del arte operativo de los propios atributos. Los hebreos, durante la servidumbre faraónica, tuvieron mucho que aprender, y la magia llegó a ser, evidentemente, de forma hebraizada, en

memoria del cautiverio de Egipto, que en el mundo antiguo representa el anillo de conjunción entre oriente y occidente, y entre lo antiquísimo y lo menos antiguo.

Aquel Moisés salvado de las aguas y secretario privado del padre eterno poseía una vara que, transformándose en serpiente, devoró a las serpientes vomitadas por las varillas de los otros magos. Esta es la leyenda que el cristianismo ayudó a difundir, elevando un pedestal a la magia oriental hasta llegar al símbolo de la visita de los Reyes Magos a las grutas de Belén, para reprendernos y decirnos que, con el triunfo de Cristo, los magos envainaban las varitas de dirigir; pero cometieron el error de hacer morir a Cristo en la cruz, ¡para alejar a la masa anárquica de los vilipendiados y profetizar una venganza divina sobre el martirio social sufrido!

Por eso también la cruz permanece como un símbolo mágico y eterno: el hombre, a la conquista de sus poderes divinos, la reintegración del poder de dirigir a los elementos físicos, a las pasiones humanas y a las satánicas de las sombras humanas. ¿Por qué tú, oh lector, que a menudo interrumpes mi prólogo con las jeringas subcutáneas de ciencia y con la inyección intravenosa de cristianismo atávico, crees en las virtudes problemáticas de la santa moral de los conventos de monjas de menstruación dolorosa y sacerdotes opulentos?; las virtudes del hombre son la reintegración de todos los poderes perdidos, y no existen virtudes sin poderes. La ciencia de lo oculto es una obstinada y cruda vía para conquistar poderes activos, volitivos e inteligentes. Por el contrario, la religión lleva a la sanación, a la gracia, a la obtención sin saber de quién, ni cómo ni cuándo. La vida humana es eterna. Ochenta siglos hace que yo era médico en el imperio celeste…

(Un lector, riendo) — Y así llegaste a ser un loco… y estabas tan loco entonces como hoy.

Eterna demencia de la luz, de la verdad que extiende una mano en el sol y otra en la luna y cambia, en la ley uniforme y eterna, el curso de las aburridas manifestaciones de un camino que tiene siempre su retorno, ¡puntual como el apetito de los pobres! Si tú imaginas a la humanidad sin la sonora, gloriosa e inmensa demencia de la ciencia de Satanás, cambias las lágrimas y la risa del mundo por el bostezo cretino. El *ennui naquit un jour de l'uniforme*. Y el loco que domina la escena en los grandes cuadros del mundo; que camina a través de los siglos y caminos, muere sobre el patíbulo para liberar una generación que se apoltrona sobre el látigo de la servidumbre; que se enfanga por completar una obra de justicia que nadie le reconoce; hoy un charlatán, mañana un hombre político, después predicará contra la guerra y los soberanos que la alimentan.

Camina, y un perro le muerde en la pantorrilla: la necesidad es la que lo acompaña y lo incita. Mueren imperios y dinastías, se hunden razas viejas y nuevas, y desde lo más alto el loco mira a la humanidad que se atormenta a través de las lentes del destino que le impone el camino. Es el gran arcano del poder: no es un hombre ni es un dios. Es la fatalidad de la ciencia la que dice a las masas: ¡no dejéis de intentar lo inverosímil! Así muere y renace en este orbe, donde todo retorna: retornan plantas y animales, retorna el hombre, el amor perdido como la primavera, la vejez silenciosa como el invierno, las horas trágicas y las jubilosas, y las buenas palabras. Cuando la injusticia adquiere la apariencia de virtud, ahí está el loco que ríe; cuando la ignorancia niega a la verdad, el loco llora.

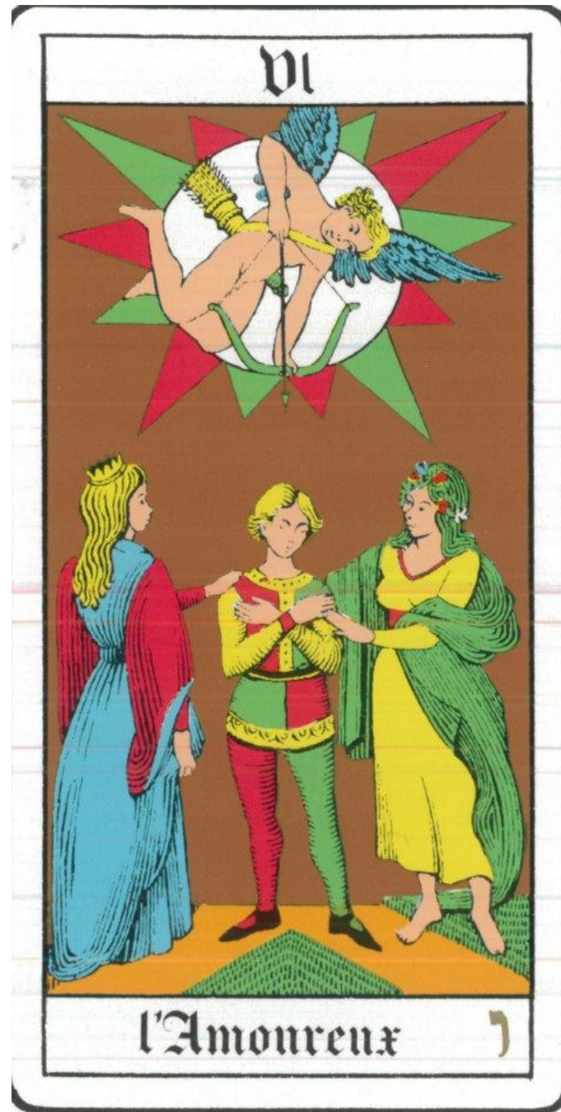
Capítulo III
Los amantes

Preludio de la Piromagia[11]

Confiesa una mujer.

— Soy imperfecta. He amado. Estoy arrepentida. Arrodillada ante el Crucifijo he implorado el perdón. Oh sublime visión de la bondad nazarena, gracias, gracias y miles de veces gracias.

Las lágrimas de alegría se escurren sobre mis mejillas; nunca más pecaré de amor, nunca más. Y no podía haber tomado sobre mí la seducción; el hálito indefinido del Encarnado había perdonado y redimido. Pero no sé cómo, no sé por qué, una tarde de primavera tibia y dulce, lo olvidé todo: promesas, llanto y perdón. En el aire el demón, en polvo invisible, había espolvoreado un filtro; recaída en el pecado, y la noche a los pies de la misma cruz, rezando y llorando



— **Fig 3.** Carta de «El Enamorado», también conocida como «Los Amantes»

— Oh sublime mártir voluntario que destruye la barbarie con la enseñanza de la Caridad, ten piedad de mí: mi carne ha pecado, no yo; yo estaba ausente, no veía, no recordaba, no sentía más que tú estabas allá. ¿Quién me perdonará ahora que he violado la promesa, que te he perjurado, a tu sangre, a tu martirio?

La cara de Cristo permanecía inmóvil; sólo sobre su boca

parecía dibujarse una sonrisa de penoso desprecio.

— Es verdad, Dios mío, soy vil, he sido la más vil de las féminas, te he desobedecido a ti, que eres el justo…

Pero me viene una palabra sobre el labio: ¿Por qué nos has creado así de imperfectas, si el amor es un pecado?

— Perdona, perdona, he blasfemado, he encontrado tu obra imperfecta; que tus rayos me destruyan; a tus pies yo he osado verter la causa de mi pecado, de mi debilidad, de mi culpa…

Y lo ves una segunda vez; me parecía cualquier cosa para animar aquellas mejillas golpeadas en la madera maciza. ¡Oh! El milagro: la cara amarilla se colorea, la pupila resplandeciente se dirige a mí, los labios se cierran, una palabra sale de su boca, ligera como el batir de las alas de mariposa, una palabra me golpea. ¿Estoy loca? ¿Estoy embriagada de dolor? ¿El rayo del castigo ha sacudido mi cerebro?… Él ha dicho: ¿*ama*? Pero entonces tú no eres el Cristo, no eres el hijo de la Virgen, yo adoro una aparición de mentira; ¿Es el demón del mal que ha tomado la forma del Crucificado? Pero yo he pecado antes de amar, entonces he blasfemado la obra de tu padre, he dicho que hay hechos imperfectos… y tú dices ¡«*ama*»!

Estúpida, perpleja, como un alma sobre el borde terrible de un precipicio, caigo semi-inconsciente; y él se me apareció y habló. Sus palabras me sonaron todavía al oído, una por una, martilleadas, lentamente pronunciadas, solemnes y gentiles:

— Oh alma dulce de cándida tortura, tú me das pena; siento por ti una gran piedad. Tú no me reconoces; yo siempre les he dicho a los hombres «amad». ¿Por qué te afliges y desesperas? Ama; yo no perdono a aquellos que no amaron. ¡Y desaparece… Oh duda!

Desaparece el sueño; el Crucifijo estaba allá, clavado, amarillo, empolvado. Aquello del sueño, de la rápida visión, ¿era Cristo o el enemigo?

*
* *

Te recuerdo a ti, lector, sagaz espectador de esta comedia filosófica, que hace pocos siglos fui monje en Gubbio… La época del Renacimiento; hay un libro que imprimí entonces sobre mi arma gentilicia: un sol…

(Un lector) — ¿También monje? Bravo, el loco… ¿pero de misa y estola?

No te rías; fui monje de pluma; y si no hubiese fastidiado a un prior, a esta hora –de estuco y madera– haría una hermosa muestra de mi cabeza pelada, convertido en un santo milagroso. Recuerdo todo, y a la bella criatura que me habla, así respondo como un monje de gran penitencia:

— Devota y pía señora, tú mereces ser asada viva sobre la divina parrilla de Lorenzo. Cada palabra tuya, cada pensamiento tuyo es inmundo; basta decir que no

reconoces todavía a la persona que se te aparece. ¿Estás en duda? ¿Era Cristo o Lucifer?

— No sé…

— ¿Su palabra te seducía?

— ¡Me irradiaba!

— ¿Su sonrisa era una invitación al pecado?

— Una promesa, dulce como una caricia…

— ¡Desdichada!

— ¿Era el diablo, padre?

No respondo. ¿Quién debe afirmarlo? ¿Yo? Pero si la pregunta no la hiciese yo a una pobre mujer que las alteraciones del histerismo mensual sitúa en la incertidumbre de la sensibilidad visual, se hubiese rebelado al mismo Cristo, ¿se habría reconocido el que, ante los furiosos razonamientos de sacerdotes y filósofos, de obispos y descreídos, ha hecho las más típicas apariciones sobre la faz de la tierra del Occidente civil?

— Entonces hablamos en serio, querida mía. El amor en su integridad, es una iniciación sublime. Basta con amar para asomarse sobre el abismo de lo infinito.

— Tú no me entiendes. Para entender es necesario que tú, frente a este sublime desconocido, te sientas ansiosa, arrastrada hacia una zona que es inverosímil en la materia viviente, en la cual toda tú misma y todo lo creado en ti vibre de un modo que ningún mecanismo, que no sea el alma del hombre, pueda darte.

— ¿Lo has encontrado? ¿Puedes probarlo?

— Y he probado así… así ha pecado mi carne…

— ¿Espíritu o carne? Pero si tú, en aquel momento, has sabido distinguir dónde comienza el espíritu y dónde termina la carne, tú no sabes qué es amor. Espíritu y carne no existen. El espíritu lo encontrarás en aquello que dice Pasquino a los Papas, y la carne de ternera en los restaurantes de carne asada. Nosotros somos materia: carne, sangre, nervios y médula son materia. El pensamiento es materia. El alma es materia. La luz es materia: se trata de una forma de ser de la materia, del combustible llamado aceite, petróleo o aparato eléctrico. Agotado el combustible no hay más luz. ¿Por qué es colocado sobre las meninges esta estúpida paradoja sobre que el amor es del espíritu? ¿y si tú no tienes por espíritu más que la materia, una sublimación de la carne?

En aquel instante apuesto a que tú amaste, porque no había diferencia entre lo bajo y lo alto. ¿Dónde está lo bajo? ¿Dónde lo alto? Si el mundo-universo, infinito, no es más que un círculo en perpetuo movimiento, ¿dónde está lo bajo y dónde lo alto? El dragón está a los pies de Michæl, ¿o quizás gravita sobre la figura invertida del divino arcángel justiciero? Pobre y gentil mujer, ¡tú me ves, estúpida! Te hace estúpida la forma con la que veo las cosas: es necesario, si quieres ver el sol, que te compres un par de lentes ahumadas, si no te verás obligada a bajar los párpados. No creas que estoy loco…

(Un lector) — Estás dos veces loco.

…Yo no he visitado más que un solo manicomio, y durante muchos siglos es siempre el mismo mundo de la fe y la credulidad

humana, y te garantizo que no carezco de ninguna ruta del mecanismo cerebral, según las prescripciones reglamentadas de la psiquiatría contemporánea.

Todo Occidente está infestado de paulismo cristiano… y el cristianismo finge creer que el hombre va a la escuela hasta los veinticinco años, de penurias, de desilusiones, de amores no sofisticados, de política y reumatismos otros treinta años. Entonces qué se va a esperar de aquellas trompetas de la locura apocalíptica que hacen sonar el *finis mundi.* Y si esto no bastase, Buda se aferra al horizonte y renuncia a la vida: no desear, no amar, no querer y no ser.

Mientras, el hombre nace, crece, declina, muere, renace, vuelve a crecer y continúa, mejora: mejora por la propia experiencia, en construcción permanentemente renovada. El fundamento astrológico caldeo concibe el cielo visible como ley de la vida universal. Como el sol surge y decae, y así las plantas, los animales, el hombre y toda forma terrestre hasta llegar a los microbios, que los caldeos debieron conocer, porque los *diviahi* son demones imperceptibles de enfermedades innumerables que se alejan (y no se destruyen) con los vapores de azufre y pescado.

Si en cada primavera un árbol se reviste de hojas, en cada renacimiento el esqueleto más sublimado de la materia humana se reviste de nueva carne; y cada uno de nosotros es uno de tantos desconocidos que atraviesa los siglos, que fue el delincuente de ayer, y si profundiza en el comentar el orador de la palabra fácil de ayer, que fue charlatán en la feria. Es un gran bien la pérdida de la memoria con el renacimiento: el río del olvido, si no lo hubiesen inventado los paganos, lo deberíamos inventar nosotros. Lo llamaron *Lete*, de ahí *letizia*, que es el olvido de las penas. Todas las religiones tuvieron orígenes sacerdotales. Los sacerdotes

de casta no tuvieron sino un único enemigo: el hombre; y el *cave canem* aristocrático y sacerdotal romano enseñaba la necesidad de preservarse del perro-vulgo, perro-pueblo o perro-plebe, y contribuía a envenenar lo poco de existencia que le quedaba.

El Cristianismo paulino representó la revolución de los pobres contra las antiguas teocracias, pero no tardó en tomarse una revancha infernal sobre los pobres mismos, cuando intoxicó la propia vida con todos los demonios y locuras que los escritores de manicomio vomitaron sobre el pueblo más perro que antes[12].

(Un lector) — Pero estás tres veces loco… ¿Y Francisco de Asís?

Lo conocí, amigo lector hipercrítico, persona valiente, un anormal psiquiátrico, fue uno de muchos que querían la realización de un tipo paradójico de Cristo, por aquella enfermedad epidémica de la imitación, que es característica del hombre y el simio, y fue el menos *santo* padre de los otros, ¿Por qué sufrir el mundo que hemos encontrado como concreto[13]?. La historia crítica y documentada de las locuras humanas se lee en los templos de todo el mundo civil e incivil. El hombre ha tenido siempre un enemigo implacable: el Dios que nos ha prestado a sus sacerdotes. Un Dios que ha protegido siempre a reyes y sacerdotes, ni el cristianismo lo supo hacer mejor. El hombre que ha vivido, comprende si el hombre histórico va a la búsqueda de un Dios más lógico, más humano, más verdadero, diría más cristiano si no tuviese miedo de preparar un nuevo Vaticano.

Dice el hombre histórico que está en nosotros, el hombre antiguo en el que cada uno de nosotros está reencarnado: *yo soy, fui, seré,* forma católica anterior y posterior a Cagliostro; y está

bien que lo conozca bien yo a este dios que llevo conmigo, como alma de mi caparazón de caracol de tierra. La historia de la vida pasada está incisa, sílaba a sílaba, en el disco del fonógrafo humano, del hombre viviente. No es el *karma* según la concepción búdica; es la memoria instintiva de todos los dolores, de todas las penas, de todos los espasmos, que repudia cada afloramiento de viejas letanías y privaciones e integrados en sus poderes naturales y satánicos.

Los recursos históricos de Vico vienen explicados con la identidad histórica, oculta y constante, de los hombres que hicieron historia con anterioridad a nosotros. Los dolores humanos y sociales tienen raíces profundas en la imposición del alma histórica de cada individuo. Las manifestaciones inconscientes de los niños son los caracteres generales de la obra antigua. El herrero de muchas vidas se hace obedecer por el hierro; gente que no ha visto el mar siente en sus venas el derecho de dominar las olas, mujeres paupérrimas tienen el sentido de la elegancia más refinado. Es imposible que un comerciante que tenga un alma histórica de comerciante, más o menos fenicio, no sea medio ladrón. ¿Cómo nunca la gente se pregunta por qué algunos jóvenes que han estudiado muy poco en esta vida llegan a ser, rápidamente, jurisconsultos de médicos y arquitectos famosos?… ¿Cuándo han estudiado todo aquello que revelan a los vientos? Se perpetúan finalmente los trazos singulares de ciertas fisonomías. Vedlo en las casas reinantes: la nariz borbónica, por ejemplo, y ciertos bigotes que crecen poco[14]…

Pero querida señora, buena hija, vuelvo a ti. Si sabes qué es el amor, no cometas pecado. Si el Cristianismo lo ha tergiversado y Cristo fuese realmente aquello que, idealmente, se imagina, Cristo estaría contra la iglesia, la cual, durante siglos ha asumido

las funciones de una institución social, y en el estado cristiano regulando las costumbres. Entonces sacramentó el amor. Lo sacramentó porque debía crear la familia cristiana, la cual no sabemos concebir como algo capaz de ser abolido ni por un instante, sin vernos ante el espectro de la anarquía[15]. Ahora dejo a otros locos que se apresuren con la sociedad constituida, y estudio y te explico popularmente si quieres iniciarte en los arcanos de la gran magia de los milagros en la ley de la naturaleza, que una de las majestuosas puertas del Arca es el Amor. Pero debes entenderlo como yo lo entiendo.

El hombre normal, en la normalidad de sus funciones, no ama en el sentido divino. Satisface las necesidades del apetito comiendo una chuleta a la milanesa, que quiere decir que tiene apetito por una y por otra. Digiere ambas cosas igualmente. Si le pusiésemos ante la obligación de comer una sola chuleta para toda la vida se adaptará. Cada vez que tenga hambre, recurrirá a la comida que le está permitida. Cuando esté harto aborrecerá el bistec, para escarbar en la inmundicia y los restos de cualquier comedor ajeno. ¡Hagamos por constituir un iniciado en el amor! ¡Es como lavar la cabeza del asno! El amor comienza a adquirir un carácter sagrado, cuando sitúa el ánimo humano en el estado de *mag* o de *trance*. Materia más consistente y materia más sutil son tomadas en el hombre desde un estado de magnetismo así de profundo, que comienza antes con la intuición y después con la sensación de un mundo que no es humano, que con la hipersensibilidad de un estado de ser especial, tras alcanzar a una fuente humana.

(Un lector) — ¿Quién es abstracto?… fuera los faroles, explícate más claro.

Aquí tienes. Te hablo como un libro impreso:

Para conocer aquello que la cosa es, hay necesidad de ser la cosa misma. Si tú, a través de la magia, quieres conocer qué es el caballo, necesitas sentirte caballo. Si por el contrario permaneces buey y yo te hablo de caballos, tú no me entenderás.

Es necesario rezar a la madre Venus para que ordene a su divino Cupido lanzar sobre el pecho una flecha envenenada de dulce veneno. Y no debe lanzarla sólo sobre ti, sino también sobre una de aquellas criaturas que tenemos el deber de adorar y proteger, porque son las más sensibles y débiles de nosotros: una mujer.

Yo declaro que tú no eres un hombre normal[16]. Me lo imagino y lo espero, porque si tú fueses tal, no leerías la prosa de un loco. Ahora la flecha de Cupido no te haría volver a tu anterior intención con el bistec, y — situándose en presencia de ella (¡oh aquel pronombre fatal…!) — permanecerías en un estado especial de éxtasis, como Santa Clara y otras no han tenido nunca. Hacerlos más intensos que aquellos éxtasis, mudo, sin deseo, y tú te alejas desde ti para aferrar el alma de la amiga que se encuentra en el mismo estado. Vigila bien, que se clave tu cuerpo sobre una silla y haz que la otra, ella, esté clavada a la suya. En un sentido indefinido de *trance* está pasiva, de *mag* está activa, vosotras le diréis al mundo las cosas hermosas, haréis un recuento de las mil y una noches y… Estaréis en una zona completamente astral, en la zona donde viven las almas, es decir — en lengua pobre — en un campo mental donde la materia pesada y sutilísima lo es menos, entra en contacto no solamente con la materia pesada, sutilísima y menos consistente que ella, sino con todos los *cuerpos, entidades, ángeles y eones constituidos por la misma materia, que pueden, lógicamente,*

entrar en contacto con vuestros tentáculos.

Diría un santo padre: el diablo ha sacado fuera los cuernos. Justo así. Parece la cosa más fácil del mundo, y lo es. Todos los amores refinados tienen instantes de magia amorosa. Pero lo difícil está en ambas cosas: en el bistec y en hacer durar intensa y definitivamente este estado.

Aquí, querido y agudo lector mío, te quiero hacer abrir bien los ojos sobre una burla hecha a los papas y a los científicos: la alquimia, que ha sido tomada como la madre de la química moderna fue, por el contrario, un bulo preparado y digerido por la Iglesia, la cual ha asumido la exclusividad de la ciencia del alma, de modo que nadie pudiera invadir el ámbito religioso. Pero mientras los ruegos ardían, los brujos y los magos lo hacían de aburrimiento, y aquellos que verdaderamente hacían magia, presentaban las viandas adulteradas bajo una forma metálica. Dijeron: La cristiandad es pobre. Hay un secreto para cambiar todos los metales toscos y viles en oro. Los primeros eran los hombres ordinarios (metales); el oro era la integración del hombre. Quien tomó las cosas al pie de la letra, encendió los hornos y preparó la química moderna. Quien intuyó la máscara, encontró en aquellos libros dos grandes secretos: aquel simple de la magia eónica, y el arcano de los arcanos, que en el sacrificio de la misa — sin entenderlo — ha estado transmitiéndonos a nosotros desde la iglesia: cómo transformar el pan sin levadura, con dos líquidos de la tierra, en un dios visible[17]. Hablamos de la más fácil de las dos magias. La eónica nos debe transportar al Conde de Gabalis[18].

Eón es el ser. *Eone* o *ente* debe ser la materia, como es materia todo el mundo universo. Eones o entes debe ser inteligentes, y sin embargo, en perfecta analogía con la

humanidad pensante e inteligente. ¿Son *espíritus*? Si por *espíritus* quieres entender criaturas análogas a los hombres, pero vivientes de materia más sutil que la nuestra humana, y quizás más sensibles que nosotros, llamémosles realmente *espíritus*. Pero si con esta palabra quieres entender «las almas de los muertos», te engañas. Se trata de un reino vivo que no tiene nada de lúgubre. Es el reino de la fábula. Hay hadas, ogros, divinidades, elfos, ondinas, salamandras, sílfides, gnomos… Ninfas, sátiros[19].

(Un lector) — ¿También sátiros?

… para los cuales está bien aborrecer los bistecs. Habiendo desvelado yo el cómo y el cuándo, puedes tú entrar en este mundo de lo inverosímil por la puerta del divino Cupido. Yo no sé cómo hacerte entender que corro un gran riesgo al inicio de esta magia: el riesgo de acabar loco de verdad, y si no sabio. Porque la magia, a través de esta puerta del amor, empieza de verdad cuando el estado de ser de tu individuo permanece bajo la intensidad más inverosímil de las vibraciones anímicas de *Pir* o el fuego mágico. Separa al amante que se ve con los ojos físicos de las entidades astrales que se admiran con el sentido de la cornamenta alargada (hadas, ogros etc) de la misma zona a la cual tú y ella habéis llegado.

¡Oh sabio oráculo crítico! Lector impaciente que todo quieres saber, que no bates nunca las manos, en este preludio crees que yo te he dicho poca cosa, y te he dicho muchas y grandes cosas que nadie antes de mí ha escrito, y que nadie escribirá antes del desecamiento del sagrado Nilo, donde los cocodrilos, no menos sagrados, lloran por los sapos comidos vivos. Con este libro aspiro yo al premio nobel.

(Un lector) — … como Marconi.

Más que Marconi. El telégrafo sin hilos es una particularidad de la vida social, acorta las distancias a la palabra escrita. Por el contrario, yo supero en mil ochocientos codos a Cristóbal Colón, que descubrió un mundo nuevo en la vieja tierra, y cualquiera que te tenga que hablar enseguida del huevo de Colón, mantenga los pináculos de las antenas de pie, cuando la navegación está en plena agua interoceánica, quiero descubrir a toda la humanidad que se debate en vanas teosofías, todas las puertas de un mundo que, bajo las garras de las teocracias iniciáticas antiguas, no se deja visitar por aquellos que hacen palabras y profesión de visionarios místicos, o de filósofos trascendentalistas que no dicen sino disparates.

Y este mundo archinuevo yo lo abro a todos los Vespucios y navegantes portugueses que se afanan ahora a bordear las costas de una tierra desconocida, para la cual no encuentran el acceso navegable[20].

Yo lo cuento todo con sinceridad e ingenuidad. Lo hago porque el pueblo, sujeto a los sacerdotes de todas las religiones, pueda decir que el día de la gloria ha llegado. No oculto nada. No hago misterios. Dejamos los misterios a las viejas y conformistas estructuras sociales. Yo digo vivid, disfrutad, alegraos e integraros, tenéis la fuerza para entender que los monólogos vanos son palabras que embaucan a los hombres flojos y dejados, que son estúpidos y no entienden estas cosas tan simples que revelo, para la mayor gloria del Dios vivo y verdadero que es el hombre viviente, arca santa del Inefable Omnipotente, ¿la Nada?

Y decir que aquellos bromistas que otorgan el Premio Nobel,

no pensaron en mí, que a la humanidad abro la puerta de la salvación y de lo invisible. Hoy está de moda hablar del *más allá*, pero el adverbio *allá* no es concebible como un lugar topográficamente acertado, sin haber definido un mundo *que está más acá*. La ciencia de los sabios, querido lector, no reconoce un sol como centro de vida, el cual no está ni allá ni acá, sino justamente en el medio, entre pasado y futuro. El universo es uno. La utopía del *cielo*, ocultado respecto a los dioses y almas, es una fábula. Las cosas están aquí, todas aquí, todas en este bellísimo y simpático planeta. Lo invisible está a la vuelta de la esquina. Hay mucha gente que no ha perfeccionado la vista y no ve. Yo abro los ojos a los ciegos y digo: ved, he aquí las setenta y dos puertas de la sabiduría, las abro una tras otra. Ved, aprended con el ejercicio y la práctica lo que podréis ver mejor. La teosofía la haréis después, cuando no tengáis necesidad alguna de hacerla.

¿Tú crees que yo estoy realmente así de loco por no haberte dado una llavecita para intentar escalar el castillo de los espíritus? Te he anunciado el amor. Todas las escuelas neoplatónicas italianas y provenzales de los siglos pasados en Italia, en base a todo aquello que te he señalado, intentaban la magia eónica[21]. La novela de la rosa, las cortes de amor, los caballeros errantes, Guerrino, llamado el Mezquino[22], los caballeros de Francia… Excava dentro de estas cosas que todos los barberos saben y encontrarás el níspero oculto. Los héroes griegos tenían en cuerpo al *Eros*, un animalito muy semejante a Cupido. Los caballeros de Carlomagno vagaban por selvas y montañas experimentando el encanto del amor, combatiendo contra los infieles; el mahometano representaba el tipo de infidelidad del amor, porque se personificaba en él el ser incapaz de la iniciación en el amor, porque comía solo bistecs, eternamente bistecs.

Más filosóficamente se llamó neoplatonismo, apenas transcurrió la caballería heroica, la iniciación pasó a la poesía. Ved que la humanidad profundiza en zalamerías de nuestros grandes poetas sin entender aquello que han escrito éstos claramente, y que resulta espeluznante a través de los locos por amor, que serían sujetos de psiquiatría si no hubiesen querido decir aquello que otros no supieron leer. Beatriz, Laura , Flamínea… Abrieron la serie que no termina más. La infiltración de esta iniciación se extiende y circula en las cortes de príncipes y prelados.

Durante el periodo Angioino en Nápoles, la corte Medicea de Florencia, aquella de Este, la de León X: el reino del amor toma el reino de Dios. La vuelta de Roma es Amor (Roma-Amor-Orma-Maro fueron nombres iniciáticos de la Urbe que era el sagrario oculto donde se hacía el calor y el frío. Cuando el sagrario de los mares acuosos o los laberintos sagrados fueron desvelados, se sintió el olor de las cenas de Petronio Arbitro. Pecado al que el Loco no aspira, y una cátedra para la latinidad de la mística Orma, para explicar ciertas cosas que no fueron nunca explicadas). He aquí por qué Dante se erige como maestro y guía al iniciado que había conocido y cantado a los héroes que tenían en el cuerpo aquella tal sabiduría, aguijón que empuja y excita. Y Dante, con un Maestro semejante toma las cosas desde la base y comienza su viaje hacia las puertas inferiores, de las cuales, de las que muchas vicisitudes llegan a la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Puerta ínfera o puerta mágica dantesca, que de formas diferentes tú ves representada en ciertas ruinas en el jardín público de la plaza Vittorio Emanuele en Roma, ruinas de una puerta baja que con signos cabalísticos indica de qué forma se entra por la puerta de Amor en el almacén del óptico, en el cual

la vista humana puede comenzar su perfeccionamiento[23]. Mira que no vas a encontrar a alguien más loco que yo. Despego el velo a Isis y te la hago llevar a cenar después del teatro y, tras la cena, a la cámara nupcial. Como ves soy un loco de manga larga. ¿Sabes tú cómo nace el espiritismo magnético en Francia con aquel burlón Alfonso Cahagnet?

Un proceso simple, dice el Maestro:

Toma a una jovencita, colócala sobre una silla y ante un vaso de agua clara, apoya la mano sobre la cabeza de ella, reza al buen ángel para que descienda sobre tu jovencita y la vea… permanece tranquilo para sentir todo aquello que vendrá… Entonces se creía al buen ángel. ¿Quién nos cree hoy más? Estos videntes ven un trance superficial, y sueñan con los ojos abiertos todo aquello que pasa en la zona de los pensamientos humanos. Por el contrario, yo he descubierto el planeta de la felicidad… Y de la verdad. Ama. Ama como el caballero legendario a aquella hermosa criatura que está encerrada en un castillo de bronce. No puedes amar más que por la gracia… Todos los timbres de tu castillo deben vibrar, como señal de que tu alma se aferra sobre el abismo inmenso e infinito de las almas.

Sobre el mismo abismo se aferra el alma de ella, y se abre el cine invisible al profano comedor de pollo asado. Lucifer (¿y no puede ser Cristo?) te espera y te puede guiar, se sabe y no teme. Estás en plena piromagia o magia del fuego divino. ¿Perdió el equilibrio? ¿Se tambalea? ¿Tiembla? He aquí cómo te he empujado hacia la magia infernal; el fuego divino pierde su limpieza y los vapores de los tizones y el pescado te envuelve. Lucifer desaparece, y la voz del efebo comienza a cantar adulaciones. En este punto termina el intermedio piromágico, que preludia al mayor arcano de Venus desde la iniciación eónica.

Lee bien, atentamente, sin embriagarte de vanagloria, y entenderás los tres secretos:

1. Cómo mantener vivo intensamente el fuego sagrado;
2. Cómo mantenerlo perpetuo y con qué carbones alimentarlo;
3. Cómo, con el sello de Salomón, celebrar tus bodas con un hada, si eres un hombre, con un ogro si eres mujer, para que reviva la fábula iridiscente que los hombres no conocen todavía y de la cual fingen no querer creer.

Capítulo IV
La muerte

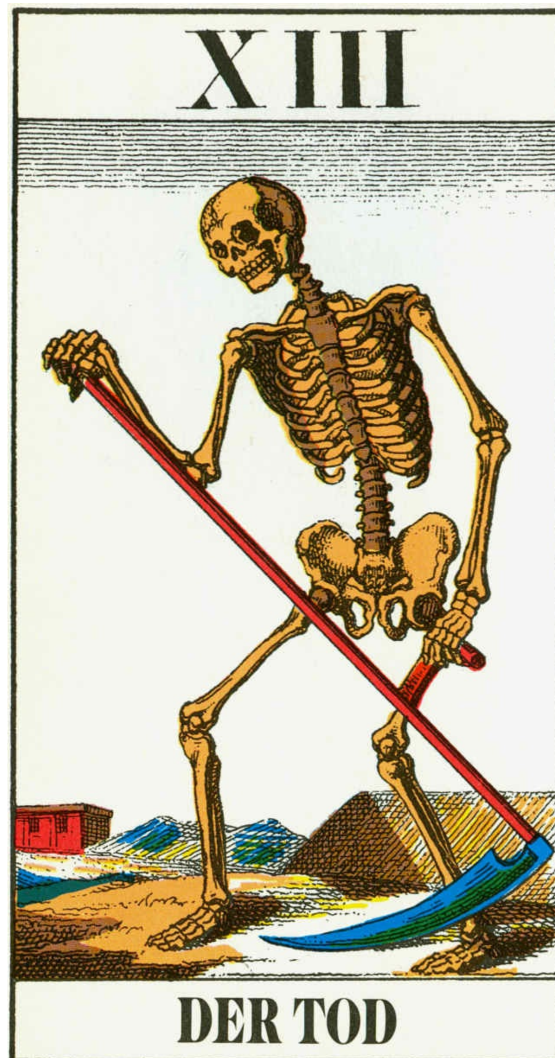
Quod fatui contumeliant
sapientes congremiant

I

La vida, en el sentido llano de la palabra, es una cadena ininterrumpida de pequeñas y grandes penas; la vida moral y espiritual está en lucha permanente con el ambiente, tenaza que presiona contra nuestras elementales libertades. La vida física, material y ordinaria de nuestro cuerpo, lucha permanentemente con necesidades insatisfechas, contra pequeños y grandes desastres, contagios, epidemias o enfermedades constitucionales con toda la variopinta escala de dolores e impotencias de nuestro esqueleto.

La civilización, con leyes, disposiciones, costumbres, hábitos y transacciones busca reparar en lo mejor de las necesidades liberalizadoras de la moral humana, obligando, educándolo en la hipocresía, barnizándolo para ocultar el color antipático de las almas rebeladas, perfumándolo para impedir que el perfume de la voluntad de prevalecer sobre sus iguales se descubra.

Al físico humano es la ciencia médica quien trata de repararlo, al hombre que lucha contra la naturaleza, para romper el secreto de lo saludable e invulnerable. Examinado bien el balance de las penas y los placeres, de las horas de delicias, de las disgustadas, de las pacíficas, de las terribles y considerándolo con la ligera perspicacia práctica, el más estúpido entre los hombres vería claro que no vale la pena vivir y afanarse en vivir.



— **Fig 4.** Carta de «La Muerte», más conocida como «El Arcano sin Nombre»

Jóvenes, en lucha con las necesidades, ambiciones, deseos de disfrute, con un cuerpo lleno de sangre, de músculos, de savia, a menudo famélico, eternamente en tensión por aferrarse a la suerte de la salida rápida, llamando *imitación*, por hipocresía, cada emboscada que nos conduzca a quitar el pan y la fama a nuestro vecino para ocupar su puesto y aplastarlo, gentilmente, como a un insecto inmundo. Viejos, con los medios reunidos en vida, cuando muchos se podría disfrutar, por la experiencia, la templanza, la sabiduría, los achaques físicos, la impotencia, la debilidad y las flaquezas nos reducen a sombras o a la

resignación a la espera del fin. Sin embargo, con tal cuadro, los hombres no querrían morir.

La Muerte, considerada a sangre fría, sin afanes bélicos ni exasperaciones, asusta a todo el género humano. La adornamos porque no podemos evitarla. La reclamamos sobre un hermosísimo epitafio filosófico, para edulcorar la píldora que, ante la necesidad de gustar o no, es devorada con una mueca de congoja o una máscara heroica. ¿Por qué? Desde los egipcios, los caldeos y desde los asirios a los cristianos, todas las religiones se han empeñado en esta insistente idea, temerosa y opresiva del más allá de la muerte. El más allá de la vida, oscuro, ignorado y discutido con muchos y variados argumentos, desde quien lo dice alegre, feliz y luminoso, como los espiritualistas a todo vapor; desde quien lo quiere purificador y ascendente hacia la inmensa grandeza cósmica que se identifica con la Nada; de quien lo deja al juicio que Dios hará de nosotros, como desde el antiguo Egipto al Catolicismo, este salto en la oscuridad inmensa de lo desconocido es tan temida, universalmente, que asume en ciertos instantes el aspecto más cómico; De tal modo que si no fuésemos civilmente educados para respetar a la muerte, como un instante solemne de una gravedad sublime, nos pondríamos a reír. Porque, amigo lector, muere tanta gente a cada minuto del reloj de la campana de al lado, que tranquilamente considerada, no debe ser convertido en algo difícil ni en una acción temerosa. El médico Cirillo, mofándose, solía decir que la muerte debe ser bella, porque, después de su llegada, los enfermos no se quejan nunca. Nuestra época, que para la ciencia y la doctrina es maravillosa, y que posee instrumentos, métodos y toneladas de experiencia, que ningún siglo parecía haber poseído — más que todos los precedentes querría resolver el problema de la vida, su prolongación hasta el infinito.

No soy apto para hacer la historia de todas las ideas desarrolladas en los últimos cincuenta años; pero se perciben todas ellas. Contra las costumbres de la duda estadística, hay quien ha sostenido la media de la vida humana en 150 años — pero llegar a los 200 sería fácil, y alcanzar los 250 una posibilidad no extrema (V. Smith, Finot y Mapp, citados por Weber). Muchísimo se dijo de la investigación de un medio de rejuvenecimiento del cuerpo; Brown-Séquard, en 1889, parecía que hubiese descubierto el remedio verdadero, entusiasmando a toda su generación, y acabó fracasando. Entonces llegaron Ancol y Bonin, que descubrieron las glándulas intersticiales (1903) y por estas se revolvieron y esperanzaron Steinach en Alemania y Woronoff en Francia. Otros, partiendo de un concreto y explícito resultado de la filosofía biológica, sostuvieron que la prolongación de la vida normal es, no solamente un absurdo, sino algo inútil. Absurdo, porque las leyes humanas no se violan, dice un crítico (Frusuman): «La naturaleza determina generosamente el límite de la vida humana, porque la vida normal debería sobrepasar el siglo, con una madurez activa y fecunda más allá de los ochenta años.» (!)

En definitiva, las expectativas experimentales, hasta el momento presente apuntan hacia Woronoff con la sustitución de una glándula viva de un simio a un humano (y están en experimentación también las glándulas de carneros y machos cabríos) — mientras Lespinasse, americano, se limita a las solas glándulas humanas, y otros confrontan los resultados alcanzados, sosteniendo que el complejo de los fenómenos biológicos demuestra que no es una sola glándula que hace el bien o el mal, sino la sinergia de un complejo de glándulas que, tomadas individualmente, no tienen más que el valor de un elemento separado e insuficiente.

¿Es cierto? No estamos con los tiempos, ni fuera de la relatividad de esta hora, supersticiosos de la leyenda del milenio apocalíptico; pero nos sentimos lejanos de la concepción religiosa de la inmortalidad tanto de las épocas más lejanas como de las más recientes. La ciencia moderna — de lo que se jacta es del desciframiento de los antiguos sueños de los creyentes — a cuyos adeptos deja esperar, o al menos entrever, una inmortalidad celular, orgánica e inédita, que nada tiene que ver con aquella de los místicos, y mucho menos con aquella de los iniciados. Lancelín asegura que el ocultismo es un esfuerzo perseverante hacia la ciencia, y arruina la hipótesis de la verdadera vía que las universidades han trazado para resolver el enigma de Anteo: combatir al divino héroe con la fuerza de la química terrenal, madre de aquellos estupendos descubrimientos que, en la última guerra, han divertido al género humano.

Ramón Llul, los Rosacruz, los Templarios, los seguidores de Flamel, de Rupescissa, Trevisano o los Iluminati, San Germain, Cagliostro, los Órficos, los misterios egipcios y los libros de los primeros alquimistas griegos. Las leyendas religiosas, parecen sepultadas para siempre. La majestad del materialismo, que se consideraba muerto con el renacimiento del espiritualismo místico de posguerra, parece que resurge en las tumbas de las fábulas fracasadas. Ni tan siquiera los mocosos creen más en las fábulas. Pero este materialismo, sin virtud de temperamento, permanece decrépito a pocos metros de un pantano, amplio dirás, ante el paso de un hombre, que hoy comprende pocas inteligencias humanas y vivientes, y que mañana se transformará en mar.

Ni Sed, ni los constructores de nuevos y pequeños templos, ni el Sinedrio[24], ni el Santo Oficio los demolerá sin gritar ni maldecir; ni en cien años de continuas supercherías lo han

alargado; ni las Universidades antiguas de diez o doce siglos, perpetuas e inagotables, conservadoras de métodos y juicios que no tienen fin ni dejan, fuera de la tradición, lugar alguno a la innovación radical y dimensiones múltiples. Y un contra-altar se erigirá ante esta universidad científica, de una ciencia exclusiva, y se hablará de forma más comprensiva y humana. Porque este materialismo ni está muerto ni moribundo, está proliferando en la injusticia; ha vertido, en la mentalidad contemporánea, la concepción impura de una vida con aspiración a disfrute físico ilimitado, irracional y el deseo de prolongarlo, por el placer cabrío de la multitud. Esta multitud, en la velocidad de las visiones turbadoras y suministradas por la supresión máxima del tiempo y el espacio, no encuentra necesaria la sola deificación de la filosofía mecánica del control, con una religión de los sentidos más solemnes, directos y adoctrinados por la inteligencia que se niega a sí misma una vida del espíritu, del alma, y que no reconoce poder alguno al pensamiento del hombre en sí, fuera de la adaptación a la materialidad de la vida.

Una serpiente y una lengua bífida. La escuela novísima dará carácter al pensamiento de la interpretación Pitagórica e italiana del magismo, y más allá, por encima del magismo, superando las particularidades de los rituales, afirmará la inmortalidad luminosa del espíritu inteligente de la materia, pasando de la concepción simbólica de la esfinge humana o humanizada, al alcanzar la divinidad de un átomo, materia y pensamiento. ¿Es una profanación de la alquimia integral? ¿Es una toma, con un puño irreverente, de las palabras acumuladas de los alquimistas desaparecidos en los siglos vividos para arrojar a la pocilga? ¡Pero no exageremos! Es absolutamente inútil erigir una torre Eiffel como base del buen sentido itálico, el buen sentido de la clara filosofía de la práctica. La Magna Grecia, casada con aquel

oculto juicio de inflexible temperamento que fue el de la Etruria y el de Roma.

Yo creo en la resurrección de la potencialidad del pensamiento pitagórico — la Pitia, el Pitón, la rosca helicoidal que toma su nacimiento en el astral de la Italia vetusta y la eleva al imperio de la consciencia universal — y creo que a esta misión pitagórica e itálica, como la señal de un renacimiento filosófico, científico y artístico, imposible en las manos que todavía estrechan la varilla escolástica del Medievo. ¿Es una sospecha o un deseo mesiánico? ¿Quién puede decirlo? Estamos cerca del año dos mil. ¿No se repetirán los temores catastróficos del mil? Todavía no escucho resonar las vías del apocalipsis del terror; el fin de un mundo no es siempre la fractura del planeta tan pequeño que habitamos, y mucho menos puede limitarse a un diluvio que lleve las olas a la altura del Monte Rosa y a los veintiocho volcanes dichos anteriormente por el geólogo americano, que incendiaron Europa y la redujeron a cenizas y carbón; el fin de un mundo puede ser la muerte de toda la senectud rancia, sometida a un rejuvenecimiento de luz y pensadores que, salidos de los sepulcros fatídicos, reemprenden la misión ya anticipada, y renuevan, regenerando ideas y visiones en el mundo exterior.

¿Y para la conversión y el rejuvenecimiento de nosotros mismos? ¡La Muerte! Terrible, asustada, esquelética, imagen del décimo tercer tarot, tú haces venir al frío. Veinte siglos Cristianos, en la visión de tus huesos calcificados, se conmueven en nosotros. Nos comunican los pensamientos alegres de las antiguas incisiones y calcografías, sobre las paredes en las que acomodaron nuestras camas, en habitaciones arcaicas llenas de iconos, desfiles de fiestas, iluminadas por lámparas con olor a fritura, con un diablo que ríe porque no podemos aferrarnos a un ángel armado con una cimitarra turca con la que nos defiende.

Nos despierta el amor que los buenos teólogos dominicos han tenido por nosotros, para purificarnos de la herejía, de la acusación y sospecha de magia diabólica, y revocamos aquellas simpáticas cuerdas que envalentonaban con alegres sacudidas, para confesar nuestros aquelarres y las orgías del nogal de Benevento, o los humanos asados de Fray Giordano o el prior de los Templarios — o las procesiones de penitencia y los alegres carnavales de las renuncias y las confesiones públicas.

¿Eres Shiva? ¿Eres el templo de los cuervos que comen los cadáveres de las torres de los Parsis? ¿Eres el campanario del viático? ¿Eres el feroz descuartizador de Osiris? ¿Eres la boca dentada de los monstruos caldeos? ¿Eres la ceniza en un ánfora inútil en la cual los nietos no pensaron más? Tú, oh milagroso, tres veces santo esqueleto, que prefiguras un fin temido, tienes la mirada sonriente; eres el símbolo de la juventud. Tú, en los tres mundos del espíritu, de la materia y del acto, eres la renovación. Muerte, déjame mirarte a la cara; los huesos puros como dientes de sagrado elefante, blanco sudario, eres como la más bella y exuberante joven sonriente, de goce en la carne adolescente; si yo tuviese los ojos penetrantes como los rayos X vería esqueletos como el tuyo y sentiría el hálito de la perfumada juventud; si nos pienso, noto igualmente la misma fragancia de tu hálito. No te cubras de tierra húmeda, de musgo, de hongos, de criptogramas ni de moho, porque tú, para el espíritu, no eres más que el error, de un orgullo, de una esclavitud, de una obsesión. Si el esqueleto es todavía fuerte, si la carne está todavía floreciente, las células vivas y el tejido de las venas elástico, ¿qué necesidad hay de pasar por la tumba y rehacerse? Tú, oh Muerte, eres la solución del enigma espiritual en el hombre viviente y en la profunda custodia de su antigua alma ignorada. Eres el símbolo de la gran alquimia, eres el triple Mercurio y el Mercurio muerte, eres Azoth,

SIN VIDA, eres el ala profundamente oscura del cuervo, eres el sueño preparatorio para el despertar, el dolor tremendo que prepara el nacimiento más luminoso del hijo, después el avatar, la metempsicosis de la antigua y sucia alma en la VIDA NUEVA.

Así Dante comenzó el viaje para elevar a Beatriz a la luz en acto, en las alturas más excelsas que son Amor y Luz. PHARMACUM CATHOLICUM O ELIXIR DE LARGA VIDA. Arcano divino de los alquimistas, tú eres juventud eterna, espíritu radiante sobre el negro Fondo del misterio de lo astral; el hombre camina como el loco de los tarots: un perro, la necesidad, les muerde las pantorrillas de las robustas piernas: siempre adelante, más adelante; lejos, más lejos. El Papa, la Papisa, el Emperador, la Emperatriz, los cuatro reyes, los caballeros, las damas, las estrellas, los amantes y aquellos[25] pasan, retornan; dan vueltas alrededor, se derriten, se pelean hasta que el jugador de dados, impulsado por el Diablo burlón, se decide a beber en la copa del Amor, que es la Muerte, y se transforma en el joven Fausto, deslumbrante, encantador e indiferente que, para no mantener el pacto (el miedo) cae en las músicas de los ángeles vulgares, el cielo de los vulgares… y se salva en el misticismo. Y ahora volvemos a las glándulas intersticiales… ¿entiendes? Debéis ser un desengaño atroz para Orfeo cuando, en el volverse atrás, no divisa más a su Eurídice: se había escapado con un guardián de los caballeros de Florencia.

En el expreso París-Marsella viaja una tarde con el astrónomo Camillo Flammarion, hermoso viejo, vista óptima, buen ánimo: sobre todo célebre autor de espiritualismo, creyente en la otra vida, en el otro mundo, en el más allá… En su prosa muchas generaciones de todo el Occidente han bebido la copa de la más grande poesía de los espacios interplanetarios de la fantasía. Sus

volúmenes sobre la Muerte, con la más grande veneración por el ilustre y querido autor, leído y releído con la fascinación por el argumento y el escritor, no dando veracidad a aquello que nos espera después del descenso del ataúd en la fosa mortuoria. Tanta poesía no es más que vacía esperanza de encontrar el medio, en este malvado mundo de tres dimensiones, donde la vida humana se resume en una serie de escenas trágico-cómicas que concluyen en una liberación de las cadenas terrenas y un pasaje a la zona de los felices. Beatos los hombres que tienen la misión del encanto y la certeza de escribir en prosa el más elevado poema de fe: la existencia del fin de la esclavitud corpórea, y la conquista de todo aquello que — viviendo aquí abajo — nos falta: la paz, la luz de la mente, el cese del dolor y de la necesidad que nos obliga e instiga a una lucha de pasiones y de esperanza.

No sé por qué, toda la noche, durmiendo en el tren, la presencia del gran escritor me ha puesto ante el recuerdo de Mardrus. Al principio estaba en la enfermedad de Lord Carnavon, patrocinando las excavaciones en las tumbas faraónicas del valle de los reyes; Londres y París se apasionaban ante la suerte de los violadores de cadáveres, y se entrevistaban a orientalistas y profesores de ciencias ocultas, para saber si el insecto que había picado al inglés pudiese haber sido armado de un veneno de los tiempos del sacerdocio de la Magia. A Italia llegó el eco, no la febril curiosidad londinense y parisina, de este momento dramático de la superstición colectiva. En Italia se es poco propenso a las conmociones de tal género. El «Matin» poco tiempo antes había hecho intervenir a Mardrus, el orientalista eminente, para explicar el suave reposo de la Momia en la visión mágica y perpetua de una vida no de *ultratumba*, sino de la *tumba*.

Mardrus ha sido el traductor más artístico y original de las «Mil y una noches»; escritor eficaz, que de las mágicas novelas ha dado todo el color y la armonía de sus orígenes; y leyendo sus explicaciones en el periódico sobre el paraíso de las momias Reales, llenas de sobrias observaciones, yo pensaba que como no sea diferente, tras casi cinco mil años, la concepción de la muerte, en dos épocas lejanísimas entre las cuales ni la certeza de la fe, ni la demostración científica, han podido determinar una idea precisa del «después».

La imaginación y el razonamiento tienen su centro en la ciencia. El autor de «Lumen», espiritista convencido, poeta de los espacios indefinidos, el amable y blanco Flammarion, con sus escritos sobre la Muerte, no prueba, ni demuestra, ni convence. El orientalismo, poniendo a la luz de nuestro siglo los procedimientos mágicos de todas las religiones ignoradas desde milenios, traduce e interpreta una poesía diferente, pero no menos grandiosa, de impresionante actualidad, que los adultos son seducidos, como los niños, con la colección de fábulas sobre espíritus y orcos. Pero ni con esta segunda poesía nos encontramos preparados para determinar en nosotros la consciencia precisa de aquello que llegaremos a ser. Mardrus tiene la visión oriental de la magia sacerdotal, como tuvo la finura en la interpretación del carácter oculto y extraño de las novelas árabes.

Este Faraón: Tutankamón, de tres mil o más años, reposaba en su pequeño y regio sepulcro, entre sus cofres preciosos, sus estatuillas y pinturas de la vida pasada. Llega del norte una caravana de mercaderes empujada por la idea de violar el domicilio lujosamente fúnebre del antiguo monarca, de apoderarse de su cadáver y separarlo de su doble, el *Ka*, que ocultamente le servía desde épocas lejanas. De las tres almas, el

Ka, la más fiel de todas, había permanecido a su lado; el *pájaro inteligencia y el pájaro luz*, las otras dos habían volado al sol, retornando a la matriz, inteligencia universal. La sombra consciente del sepultado, Ka, dolorido como su Rey ofendido.

Mardrus evoca el origen, la hora del traspaso, el día beato de los funerales, después del preciso momento en el que el pontífice ritual de las manos puras pronunciaba las mágicas palabras para abrir la boca de la Momia. Desde el instante en el que estas palabras del Gran Sacerdote eran dichas con voz justa y con la entonación que llega[26] a la Momia ininteligente y somnolienta se transformaba bruscamente de condición. La Muerte es en Egipto una transformación de estado; se muere como se va a la boda, solamente es necesario un buen sacerdote oficiante, un mago encantador de fuerza.

Encerrada en su hipogeo, donde todas las ahí reagrupadas tienen vida, la momia comienza, vivificada, a vivir, en toda verdad, servida por su doble, que habita en las estatuillas encantadas. Y así imagina palabras, jeroglíficos y estatuas que cumplen con su deber. Así, dice el orientalista, la palabra «luz» llega a ser sol o llama iluminante; la palabra «hogaza» se convierte en un oloroso bizcocho, y ante un ademán de voluntad de la momia, toda figura humana se anima: la bailarina danza y los músicos cantan, el perfume ofrece sus esencias al Faraón adorado, el intendente le lleva sus ocas rellenas, el acróbata favorito comienza sus movimientos seductores… y es una felicidad perpetua, «deliciosa como el perfume de loto, como el descanso sobre las riberas de un país de borrachos».

Pensaba en esta magia encantadora de las tumbas milenarias, pensaba en aquello que escribían los místicos del espíritu ¡después de veinte siglos cristianos! Nosotros no hemos

progresado ni una décima de la millonésima de un milímetro en la ciencia de los poderes del alma. Estamos sobre el borde de un pantano cenagoso que se llama «vulgarización», y en este charco se hunde el pie del audaz que va delante, hablando, discutiendo y publicando que los métodos para la investigación de la ciencia de las almas no deben ser idénticos a los ordinarios adoptados para un secreto de metalurgia. De forma distinta, el proceso de la muerte permanecerá en el gran arcano impenetrable. Dice la multitud, la plebe científica, que patentados los reencuentros y descubrimientos industriales: «Si sabe y se puede probar, ven, yo te pondré una corona de laurel sobre la cabeza». Tengo miedo de que este arbolito de laurel nobilísimo no haya sido cultivado todavía, y que su follaje no sea haya despuntado para fabricar la corona para el descubridor de cualquier verdad excluida a las masas. Ireneo Filatele, en uno de sus curiosos escritos, enseña a «no vender el oro que llegas a fabricar». ¿Quién llega a saber qué necesidad tiene de la bendición y de una patente? ¿Y si las masas debiesen ignorar ciertas verdades?

II

Si Trimalción ofrecía, antes de las comidas, a sus invitados un esqueleto de plata para incitarles a disfrutar de la vida, es necesario entender que los Romanos de su tiempo no tenían miedo de la muerte. Sublimes padres nuestros, vosotros no estabais atacados por el moho neo-hebraico desde hace veinte siglos, considerando la vida como una expiación. ¿De qué? ¿De qué culpa? Vosotros, gente heroica, equilibrada y justa admiradora de cada masa religiosa, a la Muerte asignabais un lugar de persona aburrida y necesaria, como a quien gobierna las escudillas engrasadas de la cocina. Ningún temblor y ninguna ternura; ni la imagen de Caronte, ni el juicio de Minos os preocupaba; bastaba el amigo Mercurio para acompañar vuestra personalidad inmortal sobre el camino de los Elíseos. Y cuando el simposio, entre ánforas de vino y mujeres con olor a rosas, se prolongaba más allá del ocaso. Los esclavos, portadores de las antorchas, pronunciaron el «*vivamus, pereundum est*»: disfrutemos de la vida, porque dejaremos de vivir.

La noche, divina negra, figuración de las tinieblas cósmicas, de la que procede la creación de las formas, para griegos y latinos fue madre del Sueño y de la Muerte. El dormir y el morir, hijo de la misma Diosa a la cual se sacrificaba el gallo, el anunciador de la Luz[27], que fue símbolo de Esculapio, que lo llevaba en el puño. De modo que dormir es morir, la Muerte es como el Sueño. A través del helenismo es artística cada forma de exagerado y complejo simbolismo oriental; la oscura Noche en las mitologías poéticas fue aquí y allá madre de la teoría de las más oscuras divinidades y el Destino — pero el Sueño y la Muerte permanecen fijados latinamente como hermanos, ignorados,

tenebrosos y semejantes.

Morir y dormir. FUI, SUM, ERO. Si, aferrándote en el abismo profundo de lo astral, tú preguntas quién es tu Dios, la Voz te responde: «YO SOY AQUEL QUE FUE, QUE ES, QUE SERÁ ETERNAMENTE, NI LA MUERTE ME CAMBIÓ, NI LAS CENIZAS DISPERSAS DE MI CADÁVER DE AYER HAN MERMADO LA POTENCIA DEL SER». El mito de Orfeo, que se vuelve a mirar a la esposa, pero sabiendo que la había perdido, helenizado el enigma osíreo egipcio: el misterio de la trágica muerte entre las bacantes enamoradas, que reduce a pedazos el cuerpo; y su cabeza cortada, llevada por las olas del Egeo, misteriosamente se lamentaba a los pies de las rocas de Lesbos. Osiris y Orfeo, iniciadores de la civilización. Ciclos sacros personificados; sacros, porque desvelan a los plebeyos salvajes que, más allá de la muerte, una parte de nosotros se transforma y vive una vida diferente para perpetuarse. La serpiente, que en el letargo muda la piel. ¿El letargo no es, quizás, cualquier cosa más que el sueño, y poco menos que la muerte? Las leyendas de cultos, la pasión de Marduk, la pasión de Osiris y la pasión de Cristo, son lágrimas y martirios, muertos y resucitados. Osiris, vencido por Set, es asesinado, tiene el cuerpo dividido en catorce partes, diseminadas sin piedad sobre la tierra de Egipto. Isis lo busca con amor, y en cada sitio, donde una parte dispersa es reencontrada, un templo Osíreo es construido. Osiris renace en la vida vegetal y animal, e Isis, en el dolor de la santa búsqueda, da a los hombres los ritos de la inmortalidad[28].



Después de muchos siglos de historia olvidada, nosotros ponemos, como hace seis mil años hicieron los caldeos y los egipcios, la solución al enigma de la muerte; y lo reflejamos entre los muertos sucedidos entre millares de cuerpos humanos desaparecidos, la corteza de nuestro pequeño planeta empastada por los residuos materiales de nuestros predecesores nacidos antes o nuestros padres. Si el hermano que todavía ayer pensaba y hablaba se nos muere aún rebosante de vida, ante su cadáver nos preguntamos si está destruido y ha volado como una mariposa en paz y libertad, con un aura más ideal, hacia regiones nunca soñadas, en una vida nueva, a los hombres nunca desvelada. ¿Permanecen de él solo las cenizas de su cuerpo, que se disuelve en los elementos terrenos, o la más tenue esencia de su sufrimiento de vida ve, disfruta y sufre como antes? ¿Si le dirigimos la palabra, nos escucha? ¿Si lo pensamos, su pensamiento nos entiende? ¿Si en el dolor de nuestro afecto buscamos sus formas amadas en las cuales él nos ha amado, puede, conmovido por el mismo amor, recoger los átomos dispersos de su cuerpo desvanecido, aparecerse ante nosotros y hablarnos? Y cuando, nigromante o inconsciente, en mi dolor alucinante, lo creo, lo escucho, reconozco el acento y recuerdo el pensamiento, ¿me encuentro yo al borde de la locura o en presencia de una intervención de ultratumba? ¿Y si él bajo forma distinta vuela o ha volado libre, inteligente y feliz, qué espacio lo ha acogido? ¿Cuál es nuestra concepción de una dimensión fuera de las notas de la vulgar geometría euclídea?

IV

¡Oh filósofos, oh creyentes, oh religiosos de la práctica franciscana! No os angustiéis ante vuestros razonamientos y vuestra fe. Si el razonamiento o la fe os faltan, no hay que permanecer en la negación. La ciencia humana, la oficial[29], no consuela: niega. La ciencia, que ha inventado los polvos omnipotentes para destruir la tierra y los humos pestilentes para asesinar a los hombres, las aeronaves para viajar a la luna y el medio para llevar a las antípodas los mensajes y sonidos, esta ciencia omnipotente, a la cual ningún elogio es negado, no puede decirnos si, más allá de la tumba se vive y se ama, estamos todavía en plena heterodoxia si creemos en los espíritu de los muertos, en los fantasmas o en las almas del purgatorio que se manifiestan a los vivos. La ciencia niega y las religiones prohíben; el sacerdote celebra la misa, recita todavía las plegarias de arcángel Michæl, para que venza y disuelva a los demonios que hacen de los espíritus de los muertos su escenario de los encantos y atentan contra la pureza de los crédulos. Ciencia y religión nos dejan atónitos, fuera de la fe y la rebelión.

V

El iniciador se aferra. ¿Existe el Maestro que ha resuelto el enigma del sobrevivir? ¿Hermes, Pitágoras, Orfeo, no han tenido continuadores? Como el espíritu de Cristo que se cierne sobre los tiempos paulinos. Él, que era sabiduría de buscadores, ¿no revive en los discípulos antiguos votados en la misión pontífica? Esta iniciación está fuera de la órbita de la ciencia de las universidades, y está en contraste con la tradición religiosa cristiana.

Yo creo que no es necesario ser vil en la crítica de las ideas pseudo-iniciáticas y místicas que procedan de cualquier parte; y de esta vileza, por amor a la paz, estamos todos prácticamente exentos. No abrimos los brazos a todos los místicos ni respetamos todas las mentiras vomitadas por los más fantasiosos. Hemos tenido admiradores del Oriente y del famoso Tíbet; admiramos de buen grado el Taoísmo y el Confucianismo; estamos extasiados por un poco de Budismo desdibujado; los cenáculos de lo germánico se conmueven, las narraciones de lo desconocido nos parecen fruto de la Providencia. Pero estas cosas, para quien tiene el placer de estar distraído, son pasatiempos agradables; entre una taza de té y un bizcocho azucarado, aparentar conocer a los arcanos de lo invisible y aspirar a la sabiduría omnisciente de los espíritus que están a diez metros del Padre Baco es divertido.

Esta falta de oportunidades y esta costumbre de dejar decir y dejar hacer generan la confusión y la maraña de ideas en el gran público, atraído, por debilidad infantil y congénita, hacia lo maravilloso de cualquier especie. Tanto más si nos entra como la salsa cualquier palabra inspirada en lo japonés, o una gárgara

india u otras guturales hebreas. Aquello que se debería entender por iniciación es otra cosa totalmente diferente. No tiene nada que ver con la mística. Es un materialismo de otro género porque forma y construye educándolos, a los trabajadores, a los sacerdotes que celebran con las manos puras y desde la palabra de tono justo, como el doctor Mardrus traduce los jeroglíficos, para encantar y vivificar a las momias.

La iniciación mágica es algo más que aristocrático, es regio. Su símbolo es la corona. No aquella de laurel de los poetas. La corona que da la autoridad imperial. La teocracia viene entendida así. Por esa razón, Eliphas Levi, que tiene una ternura hebraizante evidente, habría querido dar las herrumbrosas llaves del ebionita Caifa, en acto de abrir las puertas de los cielos. La corona es un símbolo justo, una espléndida etiqueta dorada sobre una botella vacía. La iniciación en la Gran Magia Imperial comienza con la Muerte, la Muerte que es una purificación incompleta, porque el renacimiento lleva el germen en la memoria de la vida vivida anteriormente. El catolicismo está infiltrado de ritos mágicos de la época en la cual los elementos gnósticos manipulaban la liturgia. Eliphas Levi lanza una ojeada maliciosa; aquellas famosas llaves tienen necesidad de ser engrasadas con el aceite de la sabiduría, para abrir, con el Paraíso, la revelación de los misterios. Aquello que los egiptólogos no han entendido todavía.

La vivificación de la momia esmaltada y envuelta es el encanto por el cual, vuelta a vivir la vida humana, el Ka y los otros dos cómplices se reúnen de nuevo para continuar la misma felicidad de la vida vivida. El mismo deseo no tiene nada que hacer con quien ha llevado una vida de miserias y privaciones. El cristianismo tiene la asistencia a los moribundos; asistir a un moribundo cristianamente, de manera católica, significa

hipotecarse a la misma lúgubre fe miedosa la vida futura. ¿Vida futura? Pero nos malinterpretamos; no en los cielos, ni en los campos Elíseos, sino en la tierra, en la próxima reencarnación. El iniciador te dice: no creer. Entre la fe y la ciencia hay un abismo. El iniciador no dice «cree» sino «prueba». ¿Quieres saber el «después de la muerte»? ¡Oh, prueba a acordarte de dónde vienes! ¡Oh, prueba a morir para recordar! Y, mostrando una estatuilla de Mercurio listo para levantar el vuelo, el iniciador te invita a no beber vino: ley seca a la americana; no emborracharte si no quieres tener la visión de los santos del paraíso, que son, por norma general, desagradables, como Simón o Pablo, dos tipos feísimos e ingratos de los artistas italianos cuando crearon la belleza mística, luminosa e ideal, como no ha sido concebida nunca tras el arte helénico, generador de otra belleza.

Quien ha visitado las excavaciones de Pompeya debe recordar que sobre el muro adyacente a la tienda de ungüentos hay escritas unas palabras latinas que dicen así: «Ociosos no os detengáis, id por vuestro camino». En otros términos: aquí no hay miel para quien no está dispuesto a desafiar los venenos de la Muerte; esta es la traducción que el iniciador inscribe sobre la puerta de su confusión. Morir y resurgir; iniciándose, la Muerte es la visión del despertar. Los ociosos, los haraganes, los curiosos, los gramáticos y los sensacionalistas están rezando para ir más allá. Los encontrarás más adelante de las más fáciles y seductoras tiendas. Una taza de té y los bizcochitos con la esencia de naranja. Un viejo discursito para adquirir clarividencia en dos sentadas, o llegar a ser magnetizador en ocho días, y entonces tener éxito en la vida. Ideal para la forma moderna de comprender la utilidad de saber cualquier cosa que pueda condensar el placer de vivir. Y no es una idea estúpida: si el Supremo nos promete una fácil conquista de un paraíso de

ultratumba, podríamos anticiparnos un poco de felicidad en este valle de lágrimas: Buda era tonto y gordo como un prior de los dominicos, y los iniciados más famosos no adolecieron nunca de un poco de pólvora para convertir los mangos de las escobas en oro.

VI

Estas notas breves y variadas sobre la Muerte, que es el alfa y la omega de todas las religiones y de todas las filosofías, son pequeñas luces para el lector astuto que se encamina, como Teseo, a descubrir al Minotauro en el laberinto. Estas anotaciones son advertencias iconoclastas; las estatuas monumentales de las creencias supersticiosas de otras fes y otras doctrinas, desnaturalizadas por los comentarios de la maldad de las religiones imperantes, caen despedazados en añicos, en pólvora, revolcados en lagos de tinta.

Yo escribo para mi único lector astuto que quiera prestarme atención, purificado, si es posible, de las ideas absorbidas por siglos largos y dolorosos en la transformación de su alma cristiana. Este único lector está allá, en un rincón oscuro, listo para la crítica, curioso en el aprendizaje, ávido de teorías inauditas; bulle en su ánimo la rebelión sorda de la nueva reconstitución de un ocultismo en base a la teología mística, de ciclos religiosos superpuestos, mezclados, con escenas de misticismo de cada color. Este único lector que mañana será purificado completamente de las sugestiones atávicas y de la más orgullosa del grupo social en el cual ha crecido y vive, verá engrandecidas las llamas de mis candiles, llegando a las grandes luces de tiempos ignorados.

La confusión de las ideas, de las teorías, místicas, mistagógicas y exégesis es tal y tanta que el campo visual de la Naturaleza, en su simplicidad, está reducido a nada. Y ahora que en la partida de placer se han unido los orientalistas, Babel triunfa. La sabiduría práctica de los americanos nos promete fabricar a los iniciados en serie, como los automóviles, los

calzados, los sombreros y los jabones. El valor gramatical de iniciado o no responde al iniciado en el sentido mágico; iniciación es comienzo, de «iniciar», comenzar. Nuestros no nacidos tienen la debilidad, quizás necesaria, para crear palabras de doble sentido; cayeron en la sartén con un vocablo que se asemejaba y desentonaba con uno de sentido vulgar, y entonces… «*qui vult capere capiat*». Cierto, profanamente «*initio*» e «*initiare*» quieren decir consagrar, introducir en los misterios; pero si hay alguien que quiera perder el tiempo, refleja que «*initium*» y «*exitium*», el principio y la catástrofe o la muerte, tienen la segunda parte de la palabra que es idéntica: que «*ito*», «*itio*» e «*it*», ir con frecuencia, ir o moverse son voces de movimiento. En la URBE ARCANA, donde la iniciación no es apariencia, y las cenas de las sillas ordinarias pasaban por amables congresos en paz[30]. ROMA, ORMA, RAMO eran formas exteriores de recónditos significados.

Ahora yo quiero decir que también los egiptólogos creen que la parte de los misterios no públicos pudiesen estar reservados a los «iniciados», la parte de los misterios dramatizados por mimí, como aquellos de Grecia, como más tarde, en el oscuro Medievo, en Italia y otros países de Europa. Y es un error, porque aquellos que asistían a estas celebraciones arcanas no eran iniciados en la magia sacerdotal, sino en la significación de los misterios, de las palabras analógicas que la plebe de los *misti* no debía entender. La Iniciación verdadera era reservada a quien debía llegar a ser sacerdote y no a los de orden inferior, como eran los celebrantes de los misterios, sino a los de la jerarquía más elevada, en la cual los hacedores de milagros eran frecuentes. He aquí por qué he dicho que los gramáticos, filósofos, charlatanes y místicos no son iniciados: quien debía llegar, hombre o mujer, era tomado y educado con un entrenamiento largo, fatigoso y severísimo, como

el sacerdocio cristiano no ha sentido la necesidad de educar a los aspirantes a los órdenes sacros.

Nuestros contemporáneos no sabrían concebir una educación de la magia operante: bastan los libros, los viejos discursos, las invenciones de las palabras de mal genio, y el horizonte mágico es conquistado; ¡las ciencias ocultas, contrariamente a la indicación que haría enseñar en los lugares más ocultos y en el silencio más profundo, se propagan a golpes de elocuencia y de volúmenes reveladores de verdad y de enigmas! Los ociosos van más allá. El público contemporáneo comprende una educación y una vida rígida, con vigilancia severa e ininterrumpida, como la de un púgil que debe aspirar a las victorias de las arenas y ganar riquezas; pero no entendería de un aprendizaje austero de treinta años, con reglas imprecisas, sin que la brusquedad de los periódicos curiosos pueda transformar a un hombre en un semidiós. La cátedra le ha enseñado: no es más que la demencia y la superstición de una banda de impostores. La ciencia es, honestamente, sincera: estudiad y lo sabréis todo; nosotros decimos lo mismo: estudiad, pero sobre todo practicad, y sabréis callar, renunciando a los libros impresos. Pero, ¿quién toma en serio una invitación que supone penas y fatigas en todo momento?

VII

Más que muchos santos de la Iglesia, Kardec, Leon Denis, D'Alveidre y Flammarion, así como los numerosos místicos contemporáneos de segunda línea, se han dirigido a la humana gratitud: criaturas golpeadas por las tempestades de la vida, por la violencia de desgracias imprevistas, por turbaciones espirituales, andando a tientas en la oscuridad desde una falta absoluta de fe en la religión de los padres, doloridos y aislados en la vida bajo la desaparición de personas queridísimas han atendido a la salvación, el olvido, la esperanza y la fe viva, a menudo en la literatura y la prosa poética de estos artistas de la contemplación.

¿Qué importa si haciendo bailar una mesita de tres patas, no se provoca un fenómeno aprobado por la ciencia oficial y por el sacerdote? Las penas del alma se encuentran cómodas con los espasmos y alivios, y esto es, inconscientemente, un acto de magia consoladora de las almas sangrantes. Un poeta americano, Mortimer Clapp, ha escrito que «*la realidad (verdad) es un momento furtivamente lúcido entre dos sueños*[31]». La concepción de la vida, pensamiento y visión, como un sueño, fue formulada por Calderón de la Barca[32]: vivir es un sueño, y cada sueño es una vida. Un anónimo, preparador de la revolución del '93, escribió que la utilidad de las religiones es superponer a la crudeza de las penas de cada momento una esperanza continuada en un sueño que hace señor a la Muerte, la última pena y el último sueño[33].

Como cada vez que una gran catástrofe se cierne sobre los hombres, el periodo inmediato de posguerra ha generado una inundación mística en toda Europa; si hay ventajas en las

religiones para aquel «*credo quia absurdum*» que es la base de la contradicción entre la razón humana crítica y la fe. Nunca una oleada de escepticismo, rebelión y protesta ha invadido, por un momento muy prolongado, a la humanidad, rebelada en las mentiras convencionales sobre la potente acción de los cielos misericordiosos, que han asistido impertérritos a los clamores de las víctimas: según el misticismo de reacción a la divinidad.

De los dos estados de la psique occidental, que sobre la literatura han hecho presa, como expresión artística del sentimiento, la Muerte, la Filosofía de la Muerte y la psicopatía de la rebelión en la Muerte, el desengaño de los largos padecimientos, la repugnancia e inmolación por causas injustas, donde predomina la maldad de los conductores de pueblos, sometidos a la esclavitud inútil de desafiar a la muerte. Vanidad de la vida, vanidad de la muerte, vanidad de la historia y el dolor; el sueño de la existencia, entre un cúmulo inmenso de vanidad, se interrumpe en un momento *furtivamente lúcido* en el cual se considera la verdad en la rápida y fulgurante luz de su integración divina, la verdad miserable de la vida humana, desde los cielos desprotegidos, entre la indiferencia de dioses o de un solo dios que no interviene sino desde el despropósito en los asuntos terrestres; crueldad, desolación o congoja.

El iniciado busca el elixir para vencer a la muerte. ¿Prometeo? No. Prometeo, en el esplendor de la fábula sabia, en el arte griego, en la escéptica sonrisa poética latina, es la ciencia humana, aquella de la sociedad de los mortales en la convivencia de la tierra. El hombre audaz en su investigación, que se alza en la conquista de un dominio en el cual la divinidad invisible es desconfiada – pertenece a la arrogancia de la humanidad: la concepción de Vico. El iniciado se propone el único problema de la continuidad de la conciencia, sobrepasar el río del olvido, el

pintoresco Lete[34], continuando sin interrupción el sueño de la integración en los poderes divinos. Prometeo, el pequeño dios, semidios, aspirante a sustituir a Dios, es la más grande universidad de la ciencia de los vulgares que desafían a lo desconocido, en la enunciación de la autoridad mecánica de todas las leyes infalibles, interrumpidas, de la naturaleza terrestre. La resignación no es más que filosofía o vileza. El laboratorio místico del cristianismo busca, desde hace siglos, inocularlo en la mentalidad de los pueblos; como la voluntad de Alá en el Islam; como la ineluctabilidad de las fases por venir en el Oriente budista.

¿Pero el servilismo occidental se resigna a la impotencia del acto rebelde? En la hora extrema, ante las injusticias estridentes, las almas más viejas, las más antiguas, las más libres, se revuelven: el mito de la rebelión de los ángeles debe ser eterno, sobre el pequeño planeta que habitamos, y en la infinidad de los mundos animados, en los sistemas solares del Universo incognoscible: ¡quién sabe qué revoluciones espirituales ocultan las estrellas centelleantes en el cielo azul de Italia que, sardónicamente, en calma aparente, observan en lo eterno nuestra pobreza de mente! Nuestros pequeños y orgullosos dolores, de los cuales escribimos la loca epopeya, debiéndoles a las ideas indiferentes que, quizás, – ¿quién lo sabe? – ¡nos mirarán con la misma aburrida curiosidad con la cual nosotros contemplamos un hormiguero o un nido de avispas enrabietadas!

El sacerdote mago de Egipto operaba en el encantamiento de la Momia, la despertaba, la preparaba para el viaje utilizando talismanes e imágenes en la preparación; le enseñaba las decepciones para ridiculizar la divinidad, en el largo itinerario para alcanzar, incólume, sin obstáculos, el origen de las causas.

Filósofo teocrático, el pontífice, debía tener ante sus ojos el camino hacia el reino de las sombras, la vía siempre atestada que los muertos de toda época recorren. El libro de los muertos es un monumento. Vale el peso y el trabajo de la pirámide de Keops. Afortunado quien ha leído bien. La magia os metía su sello. Almas rebeldes deberían serviros de centinelas también entonces, en la época de la esclavitud forzada, tan feroz como la esclavitud de la actual civilización del occidente impío, que incuba el incendio y las masacres humanas. El iniciado debe vencer a la Muerte, sobrepasar la esclavitud de la ley inexorable. Inmortal como la invención de Dios. El enigma viviente. Ve, oh lector astuto, cómo estamos lejos del misticismo religioso, de la filosofía de la igualdad de los valores humanos, del anárquico misticismo del no valor de la vida del hombre, de la resignación, de la fatalidad islámica, de la ineluctabilidad Kármica. Creo, oh astuto amigo, que nadie te había hablado así: hago de Lucifer, con estas notas que son de las pequeñas luces, a la espera si tú eres libre, de convertirse en antorchas radiantes. Vencer a la Muerte.

VIII

Religiones desaparecidas que han gobernado el alma del hombre durante milenios, creyeron a los dioses – y, entre los dioses, a un hombre más potente. Los *Hi* grandes y pequeños invadieron la vida humana. A menudo dioses contrarios y amigos se disputaban, como en lucha invisible, la felicidad de una criatura terrestre. Guerreros protegidos por uno, eran adversarios de otro dios. Resistía la guerra de Troya.

Israel, que había vivido bajo la servidumbre babilónica y egipcia, defendió a un dios único, entonces el profetismo y el mesianismo. Expulsado de Palestina invade el mundo, con Jehová en bandera desplegada, esperando desde hace veinte siglos el Estado de Sión.

¿Monoteísmo? ¿Politeísmo? ¿Ateísmo? Lucifer, sardónico como las estrellas de las noches serenas, entre el rebelde y el chistoso, traza en el aire el signo misterioso de la mano: ¿y si la concepción del error fuese la deificación del espíritu y de la búsqueda e investigación de las hipótesis del hombre? Lucifer demoledor, Prometeo blasfemia. Este Júpiter único, prepotente, ultra-potente como una estación marconiana, es el más injusto tirano que nunca fue concebido. Como Ea, como Nun, como leve hebreo.

Negrero. Patrón de turbas de esclavos. La humanidad, una creación errada. Un aborto. Creó imperfecto al hombre para convertirlo en un lacayo, para apoyarle el pie sobre la cabeza y obligarlo a respirar el dolor. La Muerte, después de una vida efímera. La cremación del cadáver. El llanto y la miseria de los parias y los impotentes. Entonces como hoy, como mañana, como

siempre. Cambiado el nombre a Júpiter, queda el tipo malvado de patrón y padre pésimo. La misericordia, la resignación, la vileza de inventar sugerida por los propiciadores para compadecer, calmar y reclamar piedad al pésimo gobernante. Si somos imperfectos, malvados, miserables, desordenados en los deseos, violentos y crueles él es el culpable, quien nos ha fabricado así. Le convenía no tener por súbditos personas rectas e inmunes a la caducidad: ¿no alejar al hijo amado de la madre desesperada? ¿Ni al esposo de la esposa? ¿Ni al padre de los hijos miserables? ¿No se niega el pan al hambriento? ¿El techo al vagabundo?

El sacrificio es la acción que más nos deleita en las horas ociosas. El sacrificador vidente contemplaba a los dioses a tropel, en las nubes, como las moscas acuden a saciarse de la sangre de la víctima inmolada. ¡El feroz placer de la muerte violenta es de origen divino! ¡El néctar de los cálices de los celestes simposios! Debía manar de la sangre, y de la ebriedad de la crueldad, y de la risa tonta de la embriaguez, saciado de los dolores de los hombres.

Prometeo, el formador del hombre[35], al cual Minerva[36], la inteligencia divina de la sabiduría humana, llevó la contribución de los dones celestes. El pequeño dios sintió la lógica revuelta orgullosa de lucha, contra este padre sin vísceras para los lamentos de la amplia descendencia – y se convierte en ciencia, investigación, audacia y temeridad: se convierte en sabiduría humana, lista para escalar los más lejanos Olimpos. En la fábula, Prometeo fabrica al hombre de arcilla. Minerva admiró la creación por él completada e infunde la timidez del conejo, la astucia de la zorra, la ambición del pavo real, la crueldad del tigre y la fuerza del león. A Prometeo preguntó que debería tomar

en los cielos para completar su factura, y Prometeo pide ir él mismo a las regiones divinas para escoger su propósito acompañado de Dea, robó el fuego sagrado y lo llevó a la tierra. La ira de Júpiter, arrojado sobre los brazos de Pandora. Júpiter y el resto de los dioses, al ver el hombre fabricado por Prometeo, crearon también ellos un ser viviente, una mujer, a la cual cada divinidad donó sus virtudes: Bella, seductora, irresistible y joven. El viejo Dios se la envió a Prometeo para que se enamorase, y le mandó un cofre sellado para que se lo ofreciese como don en la noche de su boda. Prometeo, muy astuto, se sustrajo al engaño, y rechazó la seducción, pero quiso él mismo engañar a Júpiter y éste, irritado e implacable, mandó a Vulcano encadenar al incauto y pequeño dios a una roca.

Esquilo, que ha escrito la tragedia: inmensa como la sanguinaria poesía de la ciencia del hombre a través de épocas lejanísimas, contra la orgullosa y mala voluntad del destino irrefrenable. Prometeo invoca al cielo, a la tierra y al mar, al éter, al viento y al sol a testimoniar la injusticia de los númen: «Júpiter quería destruir a los hombres, para renovar el mundo, los dioses que le hicieron la corona lo consintieron, yo solo tuve el coraje de salvar a la raza humana: he aquí mi delito. Los hombres salvajes vagan en su ventura, yo dicto las leyes, construyo casas y templos, enseño el curso de los astros, calculo el tiempo, desvelo el misterio de los números, enseño a cultivar la tierra, a domesticar el caballo, y a navegar: he aquí mi culpa[37])».

¡Oh amable Prometeo refunfuñador! Mucho has hecho contra el padre Júpiter, intolerante, envidioso e injusto; todo lo has podido obtener con el fuego arrebatado a los cielos[38] y no has destruido el Olimpo; de su tiranía no has emancipado a la humanidad esclava. Has permanecido confiado en la montaña,

esqueleto de la Tierra, blasfemando; pero, ¿por qué no has enseñado al hombre cómo vencer a la Muerte? No has vencido al destino de los humanos. ¿No podías? ¿No puedes vencer? ¿Tu sabiduría no podrá hacerlo nunca? ¿Durarán eternamente los periodos en vigilia y sueño, de luz y oscuridad, de vida y muerte? ¿El sol surgirá para infinitas auroras, decaerá en continuas noches, eternamente?

Pero que tu genio de creador en lucha con los númenes no sea una de las paradojas del genio, como Lombroso, que precipitó al suicidio a la raza humana, que provocada por la temeridad de tus conquistas, e inconsciente, no prepara una nueva Atlántida, de diluvios y desapariciones de razas y continentes[39]. ¿Es este tu delito? ¿Será este el pecado original de las razas futuras en los futuros milenios? Lucifer, irónico como las eternas estrellas del firmamento, traza en la noche crepuscular el signo de la mano: investiga, oh mortal; el puente cubre el Lete; supéralo, no te sumerjas en el olvido.

Recuerda el ayer lejano, Osiris en el estrecho plano del Delta, Júpiter en el palacio del pequeño Olimpo, Jehová amenazante y gruñendo sobre la tierra de Sión, Assiriel fastuoso y opulento en Nínive, Babilonia y Tiro. Supera el olvido, como has superado la despreciable edad del miedo, profetizada por los judíos como Ezequiel, como Baruch: el lejano mañana es de los vulgares, de las masas, de los ambiciosos; los plebeyos serán renovados, y nuevos plebeyos se levantarán; la tierra vomita sus semillas, las hace germinar en plantas rugosas y enanas, en arbustos florecientes, en árboles pomposos de hojas y de fruta. ¡Abre la mano en la oscuridad de la noche! ¡Busca y estrecha la mano del iniciador! ¡Llega a ser Rey! La integración de todos los poderes será eterna: no rezará ante el destino de los hombres y los

plebeyos intelectuales. En la densa oscuridad no llegar a ser el loco místico del orgullo – dices y no desdices – la palabra mágica, el *verbum*, es realidad, creación. Es necesario. El pontífice mago de la magia Caldea, cuenta su historia mística.

IX

Mamo Rosar Amru, aquel que nunca conoció la muerte, eternamente joven y mitrado; ortodoxo y templario, comenta: Oh miste, profano a la espera de la sabiduría, recuerda que Lucifer te habla de rebeldes – el *verbum* es la palabra del creador – que en la noche oscura y profunda no encontrarás la mano del iniciador lista para estrechar con la tuya, tu pequeño numen está en ti, y te lo prohíbe. Yo soy la ley de nuestro templo más grande, no esperes triunfos. Cuando en lo alto el cielo no era mencionado, y la tierra en lo bajo no tenía todavía nombre, las aguas formaban una sola masa. El apsu primordial y la tumultuosa timai eran confundidos en un solo abrazo[40]. Los juncos no sabían dónde apoyaban y sujetaban las raíces, y los densos bosquecillos de rosas no habían aparecido todavía. Entonces ningún destino era fijado, fueron creados los dioses[41]. ¿Cuántos? Sin número. Como las estrellas. Fue la palabra, el aire, el sufrimiento, el primer cuerpo. Ea, sobre los abismos de las aguas, fue viento, hálito, respiración: así fueron mencionadas las cosas.

Para aliviar la estancia de los dioses, fueron creados los hombres: Marduk lo quiso así. La simiente de la humanidad es Aruru; cuando se propone crear al hombre, empastó la arcilla con las gotas de su sangre; lo forjó a imagen de los dioses, y a ellos les preparó el culto. La creación se cumple cada vez que place a los dioses, y cada dios puede participar. Istar preside. Es por ello, oh miste, avisado, que tu destino es la esclavitud[42]. Los dioses invisibles, que fueron los artífices de tu ser, amaron deleitarse en ti, ser servidos y adorados por ti. Eres perfecto en esto: el egoísmo es tu más despiadada virtud, es en tus fibras, en tus nervios, en tu sangre, es tu sello y tu valor: no te deleites en la guerra, con la

ferocidad pura de la fiera, y no el honor de los guerreros en sepulturas recubiertas de flores. No tienes el gusto refinado del espasmo de los demás y de la venganza. No has tenido como don un cerebro en meandros, como una obra de escultura, con la cual has encontrado los argumentos más sublimes, que Nebo, el sutilísimo entre los númenes, no sabría encontrar, para coronar de hermosas y pías razones todas las fechorías de tu orgullo.

Los dioses se deleitan, alegres: te irritan de tanto en tanto, cuando tú moderas tus espectáculos demenciales. La vileza, la voluntad de orgullo y la ambición desenfrenada, la lujuria, la traición, ¿no completan su imagen soberbia? ¿No te hacen vivir tragedias de cada surgir y cada caer de luna? ¿Mejor? Tienes voluntad de despojarte de la vieja camisa ensangrentada y asumir una pureza que te ilusiona en las horas calmas de paz ociosa, cuando el hambre y la codicia no te atormentan, cuando los más viles y miedosos entretejen deliciosas fábulas filosóficas, para adormecer el recuerdo de la hermosa bestia que, eternamente, bajo miles de formas cambiantes, en ti permanecen.

Tu historia de ayer, como de hoy y mañana, ¿no está escrita con un pincel ensangrentado en largas y profundas manchas rojas? ¿No eres superlativamente cínico en tu filosofía de masacres? Los despotismos violentos y voluptuosos de Oriente no valen las metafísicas de la libertad de Occidente, en la cual la esclavitud cambia de forma, y las ideas, expresadas con palabras de convención, ¿son más solemnes que las pesadas y rugosas cadenas de los antiguos imperios? Crees que entonces, a través de lejanos milenios, no viviremos los felices, los pobres, los abyectos, los violentos, los viles pacíficos, los lujuriosos y los mártires, como ahora, como mañana, en las ciudades más soberbias y ricas de nuestras grandes metrópolis, con palacios y jardines insuperables con templos, cuyo oro y cuyas gemas eran

abundantes. ¿Babilonia no mostraba al sol ardiente la magnificencia artística de sus riquezas y la seducción de sus encantos? Lucifer, espíritu de la rebelión, entonces como hoy, bromeaba; en sus elucubraciones la lengua era arrancada o cortada con cortes incandescentes; a los que ofendían el derecho divino del mando, el verdugo le vaciaba las órbitas y las carnes, a jirones, eran dadas a los perros feroces del tempo de Nergal…

*

* *

Lucifer, irónico y cruel, agita los párpados en señal de asentimiento y, parodiando al pontífice defensor de los dioses invisibles, con voz lúgubre concluye: «Oh miste, el verbo de tu esclavitud está hecho sangre y carne en ti, tu destino está escrito». Entonces sonríe burlonamente y sus ojos centellean como diamantes puros, de viva luz, como un fulgor.

X

En los tiempos de Roma, Caldeo quería decir mago. Eran caldeos o pretendidos caldeos que hacían de adivinos, astrólogos y encantadores. Entonces el Profesor Richet no había inventado todavía la palabra «metapsíquica», que parece, a los contemporáneos, más noble que la palabra magia y de mayor valor. La Caldea era retenida entonces como la fragua de las artes oscuras de lo diabólico mundial. El Egipto más sacerdotal; Babel, Nínive, Tiro, fraguas de brujos, en la cual cada persona era el instrumento imprecatorio para mandar a los grupos innumerables de los ulu, ululu, y los otros horribles habitantes del océano de los maleficios.

Amadísimo lector, cuando comencé a escribir, hace treinta años, sobre magia para evocar la antigua arte de los tradicionales y fabulosos realizadores de milagros, todos los espíritus de Allan Kardec en Italia, todos los lectores de la propaganda de Denis, Schuré y Flammarion, se rebelaron como un solo hombre por este nombre que remitía al honor, a reclamar la atención de la vanguardia sobre los poderes integrales del organismo humano. Cambian los ensayos con el transformarse de los tiempos y la palabra magia se encuentra, con las comillas, y cada diez palabras de orientalistas, folcloristas, estudiosos de pueblos primitivos o crédulos salvajes. Me dijeron que tanta curiosidad no era propia de los espíritus más cristianos. Habían olvidado que nuestro común amigo Israel, entre Egipto y Babel, estaba también imbuido en la magia hebrea: que Moisés invitó a los magos egipcios a dar prueba de su poder y que estos tiraron sobre la arena serpientes de cobre que llegaron a ser vivas y voraces, y Moisés tiró la suya, que destruyó todas las otras

serpientes; que Salomón rey, más allá de tener un laboratorio alquímico en el valle de Ofir, le faltó poco para fabricar diamantes a toneladas para satisfacer a la rubia reina de Saba; que la Cábala hebrea es la más sutil de todas las confusiones para transmitir a la posteridad el Gran Arcano del universo; también San Pedro tuvo competencia con el arte de Simón Mago y lo superó.

Ahora, gracias a las misiones científicas, la magia es palabra de buena liga, porque, escarbando en documentos que precedieron en tres milenios a la feliz aparición de los Santos Padres, explica que imperios de larguísima duración no tuvieron la impudicia de gobernar a los pueblos con el comercio diabólico que tenía lugar con amenazas, de castigo y flagelación.

Los Caldeos vivían, en aquellos tiempos, de divinidad y demonios. Odas, conjuros, blasfemias, maldecir a los miles de diablos que favorecían las enfermedades, como los microbios, o que atacaban el cuerpo de aquellos que se habían alejado de su dios, o lo había enfadado, o lo había traicionado. Para divertir a la honorable compañía de los dioses de Marduk, el babilonio debía luchar con los casos extraños de la vida cotidiana, alimentados por las adversidades de los siete genios terribles del mal, capaz de toda maldad, enmascarado en miles de formas contra la paz del hombre en pecado; y después de una vida no alegre, cuando la muerte lo golpeaba, debía él mismo imponer miedo a los vivos, que lo temían más con cada mal, si su sombra no era aplacada en la sepultura y una oferta de vitualles no estaba lista allí para saciarlo de perfumes culinarios.

Descendido el muerto al reino de Nergal, el Arallu, el lugar del cual no se retorna, era obligado, entre las tinieblas más negras y las cenizas más opresivas, a vivir eternamente. Nergal,

que en las oscuras regiones donde gobernaba, las tenía rodeadas con muros altísimos, y de los diablos, más o menos caudados y cornudos, tenían respeto las sombras, para que no fuesen a atormentar a los vivos. Interpretación profundamente dudosa y molesta, ilógica de la vida, si esta es la verdadera idea de la interpretación religiosa de los caldeos; yo os creo con aproximación al tercero; el cuadro, dado por la psicología moderna[43], (que en otro lugar no es, ni tan siquiera, una ciencia exacta, en el caso que sea una ciencia), para nosotros no es comprensible, en su melancolía de vida eterna, en el oscuro infierno, después una horrible estancia en la tierra para divertimento de los dioses de Marduk. El hombre, criatura a imagen de los dioses, o forjado en la tierra con las gotas de sangre de un dios, destilada una a una en la arcilla o en la masilla, tenía un cuadro de la existencia distinto a la carbonilla, con los grotescos más terribles.

¡Debía ser bonita la vida terrena de un ciudadano libre de Babel! Cierto, en las plegarias de aquellos soberanos omnipotentes, encarnación de Assur, el siempre victorioso y supremo guerrero, se dirigían al dios o las diosas, pidiendo una vida de largos días. Arallu atendía a una mezcla descompuesta de todos los mortales: reyes, sacerdotes, guerreros, magos, mercaderes y esclavos, féminas libertinas y sacerdotisas, médicos y notarios. ¡Me parece demasiado! Sólo los guerreros muertos en guerra podían ser servidos por las esposas – cualquier otro podía beber del agua fresca – y los restantes por los perros más sarnosos. ¡Nergal feroz! Istar, inmortal señora de belleza y amor, que correspondían un poco a la venerable griega y a la Diana latina, que desciende al Arallu para buscar a su galán, es despojada de sus velos y no puede remontar a los cielos sin una dispersión de agua de vida[44].

Tienen un poco de razón los metafísicos y teólogos al frivolizar sobre este lugar sucio, llamado infierno, en el cual los detritos en descomposición de la soberbia del género humano van, si los dioses no los transformasen, a habitar en lo eterno. Entre todas las cosas relacionadas con el inefable Einstein, hay una cosa absoluta que no tiene nada que ver con sus relatividades: el miedo a lo desconocido tras la muerte; el miedo de lo desconocido y de la muerte lo representa de la forma más sintética y simple; el dolor más agudo, para las naturalezas que no tienen la disciplina filosófica de Séneca, es fundamentalmente en la muerte: nacer y morir; en latín «*oriri et moriri*»; yo nazco, «*orior*»; morir, «*morior*»; ¿que «muere» puede ser un síncope de «moriri»? ¿Aquella eme que precede a «*orior*» (nazco) para decir «muero»? Misterios etimológicos[45].

XI

Ireneo Filatele, en uno de sus famosos libros, para cambiar los metales innobles en oro de copa avisa con su cándida caridad que una vez acabado de hacer el metal precioso, es necesario estar bien atentos al gastarlo o mostrarlo: porque la autoridad militar, puesta en guardia ante las voces del pueblo que gasta y que expande oro de finísima cualidad, vendrá a preguntarte si tal orfebre o tal mercader te lo ha vendido; y como tú no podrás probarlo, te meterán entre los ladrones en la prisión, porque tú no dirás que lo has fabricado con plomo, estaño y cobre, y con partículas de hierro limado – y si tú lo dijeses no te creerían, y, divertido, el juez se reiría de lo que tú le dijeras: «yo no soy un campesino que hace trampas en la feria con baratijas; yo soy filósofo y no bebo como un villano inculto».

Esto es aplicable al infierno, o al reino de las sombras en general, ya sea el Arallu Caldeo o el purgatorio de los cristianos, o el paraíso de San Buenaventura. La paradoja al echar en la cacerola de estas cosas conocidas como una idea que pasa por la antecámara de la cavidad craneana, como una mariposa de las noches serenas en torno al cáliz de una flor enamorada. Y el lector agudo entenderá que yo no hablo de Dante, si digo, que cualquiera habrá hecho muy bien en visitar el infierno y después volver a la tierra con la memoria de las cosas vistas, y saber, y no poder volver a contar, para no decir a los cuatro ángulos del firmamento que ha visto a Istar, la Dominadora, la Señora, la Gran Dama sin velo, mientras todos no la ven más que vestida y velada, profundamente oscura, con el ojo centelleante de amor, porque Ella es, ha sido, y será la madre sempiterna y Virgen, la madre de las falanges de criaturas que pueblan el viejo planeta,

en el cual el cielo hace de cubierta cerúlea, y las patrañas surgen, por auto-inseminación, como la parietaria sobre las ruinas de los antiguos edificios.

Quiero decir, mi agudo y crítico amigo, que el mundo escéptico no hará valiente nunca a nadie que haya estado en el infierno y que recuerde los acontecimientos, los confiese y los diga. Como la autoridad temida por Filalete, en un solo cuerpo los doctores de la moderna Salamanca, reían y despreciaban: «¿Pero qué patrañas vais acumulando? ¿Tú tienes recuerdos de la otra vida? ¿De la oscuridad de la gruta infernal? ¡Ve a ser sanado por los Morselli o Leonardo Bianchi, porque o estás loco o quieres volverte loco! ¿Quién eres tú: Moisés, Endiku u otro revelador?». Endiku era el compañero de Gilgamesh[46]; en sueños había visto el infierno, donde altos y poderosos señores: conjuradores, profetas y siervos están mezclados como en una ensalada rusa, vestidos como los pájaros, de plumas. Cuando Endiku muere de verdad, Gilgamesh lo evoca para conocer la «ley de la tierra que él ha visto». Y es una revelación muy penosa, muy triste para los vivientes; hasta hacer llorar.

¡Cómo de deseable es la inmortalidad! La planta o la hierba de la vida que los dioses habían respondido a través de Apsu, en el abismo de los cielos y las aguas; Gilgamesh, después de un viaje horrible, no se apodera sino de una serpiente que roba. Parece un viaje alquímico, acabado como el vinagre; como la conquista del vellocino de oro, como las fatigas de Hércules, como el Orfeo encantador, como Cadmo en la conquista del Ática. Los muertos están mal, también bajo los monumentos de la gran escultura, aunque los libros de Flammarion digan lo contrario: mejor asno vivo que doctor muerto. ¿Qué te parece, sutilísimo amigo filósofo, que estás allí sonriendo? No puede ser

en nuestros días, después de más de cinco mil años de la historia de Endiku y Gilgamesh, cualquiera que ha vuelto del país de los muertos y tiene miedo de gritarlo fuerte, para no arriesgarse a una estancia en los manicomios de la gran Enotria, querida por los dioses beodos de todas las épocas. ¿Es el progreso una fábula?

XII

Abro un paréntesis un poco largo y prolongado. Muchas de estas notas no son materia de erudición, y los he anunciado como simples llamitas para alumbrar cualquier luz de Aladino. El amigo lector sabía, que desde que el espiritismo ha sido creado, desde que se ha hecho trascendental en la sociedad del siglo pasado, opuesto de la ciencia, como algo no probado (los sacerdotes aquí y allá lo han tolerado o excomulgado), como instrumento de fe tiene una larga legión de creyentes. Todos han creído, desde hace siglos, en los muertos bajo una forma o bajo otra; no hay pueblo que no se haya nutrido de la certeza en los muertos vivientes que en la sombra nos miran, nos ven, nos inspiran y – si es necesario – nos visitan en sueños para indicarnos un destino inminente o un premio de lotería; sin embargo, el espiritismo, como el ocultismo o el teosofismo, no ha tenido una crítica demoledora, polémica y, en conclusión, metafísica – pero después de la guerra (¡qué cosas no ha hecho la guerra!) la música ha cambiado.

Leo «*l'Erreur spirite*» de René Guénon, autor de otro volumen, «*Le Théosophisme*», aparecido hace un año. Un libro que sale de lo ordinario. No conozco ninguna noticia del autor: «*Le Théosophisme*» me dio la impresión de una polémica cultural, como si el alivio de una compañía religiosa quisiese controlar a sus adeptos y una congregación pseudoreligiosa, como el subtítulo llama a la fundación del coronel Olcott y la señora Blavatski. Pero «*l'Erreur spirite*», de reciente publicación, tiene otro valor.

Es necesario leerlo para un adversario de medida respetable, porque sin confesar todavía dónde apunta, hace un poco de

Atila, el rey de los hunos, para atacar al espiritismo, junto al ocultismo y la metapsíquica; se entiende espiritismo francés y ocultismo francés, metapsiquismo francés, así como cualquier noticia de Inglaterra: el resto del mundo no cuenta: en Italia se cultivan las zanahorias que nos vienen sembradas en los libros franceses; ya lo he hecho entender más cuando escribí «Guía de la ciencia de los Magos», y si no hubiese mostrado la más tranquila tolerancia por todo el diluvio de libros sobre espiritismo que París nos hacía digerir, no habría encontrado ni a un lector que me hubiese estudiado.

La librería francesa contiene ahora una completa colección de autores que han publicado volúmenes sobre todos los arcanos, y que deberían hacer más texto de las interpretaciones, en la apariencia romántica bajo la cual son presentados. Después de Eliphas Levi, se habla ahora de la «*Haute Magie*», como si ésta tuviese en los estudiosos insignes en París, que exhiben al mundo un modelo de género. Muy interesante una encuesta sobre la *Haute Magie*, publicada recientemente en la «*Revue Mondial*». Dado que yo escribo estas notas riendo, para no quejarme del lúgubre argumento de la muerte, debo confesar que esta *Haute*, entre otras cosas, me ha puesto de buen humor; y, sin ser un psicómetra, me ha parecido ver, más allá del biombo, reír también a mi amigo Elifas, serio, serio con un pañuelo que, sonándose la nariz, ocultaba la boca riente.

Pero volvamos a «*l'Erreur*». Guénon, si bien yo no estoy a la altura de comprender bien todo aquello que los filósofos dicen, parece que aquí y allá se lamenta de que a la metapsíquica pura le permita tomar su pensamiento con dificultad: aquí y allá da a entender que la magia la conoce como yo mi bolsillo, y, de hecho, a menudo golpea y señala, «*en passant*» que en oriente ciertas cosas se hacen con los pies; esto que haría suponer que

ha sobrepasado el Tíbet y ha alcanzado la cumbre del Everest; el Occidente, con sus máquinas, sus aceites engrasantes y sus plantas hidroeléctricas no valen ni tres monedas de Pío IX. Pero tal y como ha pensado y escrito el libro, éste merece ser leído. Demuestra que los espíritus de los muertos, filosóficamente, no pueden comunicarse con los vivos, porque por un millón de porqués, la disgregación del muerto es un hecho consolidado.

No existiendo el periespíritu, y mucho menos su sinónimo: el cuerpo astral de los ocultistas, un grano va hacia el norte, cinco van a occidente, y dieciocho a oriente; el resto de carne y huesos van bajo tierra, para devolverle los elementos que nos ha prestado. La dialéctica, el sentido crítico, el buen sentido de demoler a cuenta de no se sabe quién, anteponiendo aquello que en el espiritismo es dañino al equilibrio mental, representando una carga grande y mutilada, en páginas con punzadas sabrosas, y admirables (sin burla) que conducen a muchos lectores hasta la última página del libro, aunque sin llegar a comprender, como yo, a la purísima metafísica por la cual no todos somos construidos según el arte de Poncio Pilatos.

Comprobada la imposibilidad de que el espíritu de un difunto pueda existir en su personalidad compleja y completa, con tal de poder decir «yo me siento y fulano de tal», y entonces, precisando que no es posible por esta razón la comunicación entre vivos y muertos, el autor afirma la imposibilidad de que una reencarnación pueda tener lugar, ni para los mesías, en la forma hebrea, o de otra raza. La reencarnación es una idea moderna, como el espiritismo: los antiguos no sabían nada; incluso los orientalistas de hoy están sugestionados por la idea de la reencarnación, e interpretan documentos antiquísimos con ideas contemporáneas extraídas del espiritismo Kardekiano, del teosofismo de Besant y otros ocultistas franceses; y desde estos,

pasado la Mancha, en Inglaterra, donde las comunicaciones de los espíritus parecen decir lo contrario de aquellos franceses. Guénon ha olvidado que la idea de la reencarnación es prepitagórica, y que Diógenes Laercio no es un autor del siglo XIX. En resumen, agudo amigo lector, hay necesidad de descubrir al señor que ha vuelto del infierno y todavía no ha abierto la boca para dirimir cuestiones así de alegres.

XIII

Sería una desgracia si la ciencia de las universidades se ocupase del espíritu humano; más grande sería la desgracia si se ocupasen de ello los filósofos. Metapsíquica y experimentalismo me parecen dos cosas temibles para la paz de los muertos. ¿Cuánto pagarías por saber dónde está el astuto que ha estado en el infierno viendo a los muertos? ¿Y si vuelve vivo en pleno y consciente recuerdo? Lucifer sonríe irónico, como las estrellas que miran desde allí arriba, desde el cielo azul, profundamente sereno y misterioso, cielo itálico, lleno de los perfumes de nuestros jardines, de nuestras pequeñas metafísicas.

Lucifer habla, guiñando el ojo, como hacen, centelleantes, los astros en el firmamento: ¿Quién quiere que sea, del reino de los muertos, adornado y venga a decírtelo, y lo cuente a los puerros científicos de tu tienda? ¿Quieres interrogar a un loco? ¿No somos los dementes los más frescos de los arribados del oscuro valle donde los dioses, los genios y héroes muertos juegan al póquer para pasar el rato? El loco de los tarots no tiene pelos en la lengua: invócalo; ¿quieres que te ayude? Lucifer agita los brazos como dos molinillos, y dirige la mano de su brazo derecho hacia el ángulo más oscuro, como si lanzase una pizca de pimienta; se escucha ladrar a un perro; entonces el loco aparece, rodeado también el bastón de pelegrino:

— ¡Oh viejos amigos de seminario! ¿Por qué me queréis? ¿Por qué me llamáis? Estaba detrás del cortejo fúnebre; una mujer bellísima ha muerto, y la gente la llora y la alaba; ¡gente estúpida! Si ella hubiese vivido todavía unos años, se habría convertido en una mujer fea como la más ahumada de las ollas; aquellos que, viva, no supieron hacerla feliz la lloran ahora que

es feliz…

Mientras el loco hablaba, del ángulo oscuro se separaba una masa de curiosos que lo habían seguido: en la poderosa invocación de molinillos magnéticos del irónico Lucifer, con el loco, por poco no fue atraído ante nosotros en el cortejo fúnebre de la bella mujer: el público reía.

Lucifer interroga:

— ¿Y qué hace la muerta? ¿Es más feliz ahora que viva? Queremos saber qué hacen los muertos, qué es la Muerte… Un loco licenciado como tú, si lo has visto y lo sabes, ¡no tendrás miedo de los críticos y de la metafísica, de la universidad o de la hoguera! ¿Qué hacen los muertos? ¿Qué es la Muerte?

El loco respondió enseguida con una risita embriagadora, una risa burlona que los metafísicos no han inventado, y se preparó para la predicación. Todos permanecieron yacentes, en silencio, esperando a que él hablase. También el perro en silencio, con ansiosa espera. Solo una estrella del firmamento, irónica, reflejaba el malicioso ritmo del portador de luz.



GIULIANO KREMMERZ (1861-1930) se inició desde muy joven en el estudio y practica de la antigua sabiduría hermética de Izar ben Escur, bajo cuya dirección pronto se convirtió en uno de los referentes de las ciencias ocultas.

Tras una misteriosa etapa en paradero desconocido, regresó a Italia después de más de cinco años con la intención altruista de propagar el estudio del hermetismo, publicando en 1897 la revista *«Il Mondo Secreto»* y más tarde fundando la «Escuela Filosófica Hermética Clásica Italiana» y la «Hermandad Terapéutico Mágica de Miriam».

Entró en conflicto con otros Hermetistas que desaprobaban su labor divulgativa del ocultismo, por lo que tuvo que dejar Nápoles e Italia para instalarse en Francia, donde terminaría sus días.

Notas

[1] El abismo en el hombre es el fondo astral, cuya etimología es oscuridad. De modo que el abismo profundo y oscuro. La zona astral en el universo es igualmente zona sin luz, negro.

[2] Esto lo escribía yo en 1905: Después de 16 años se vislumbra una nueva revolución del conocimiento bajo las muy novedosas teorías de Einstein, de carácter matemático pero… de un contenido esquemáticamente cabalístico. La teoría de la relatividad en la determinación de espacio y tiempo, la concepción anti-euclídea, las negaciones de las verdades axiomáticas aceptadas como absolutas. El fracaso de la doctrina de Newton y la concepción científica de una visión de lo existente en la naturaleza en 4 dimensiones, formando un cúmulo de percepciones… cabalísticas. Ahora el impacto de estas nuevas teorías será inmenso sobre las ciencias biológicas, sobre la discusión en torno a los fenómenos físicos y sus valores invertidos de los principios de base en los juicios sobre las experiencias científicas. La intuición toma un aspecto nuevo (que sea aquella de Cardano, el médico milanés traductor de Sinesius, que hace sonreír cuando quiere demostrar, en base a los principios de la Cábala, cómo la intuición debería referirse a los procedimientos lógicos para la búsqueda de la verdad) y la causalidad un carácter de prioridad.

[3] El poeta verdadero está en cada hombre que deja hablar por su boca a Mercurio, mensajero de los dioses, que permanece como irrepresentable a los objetivos fotográficos para conservar la dignidad de su paz fecunda, y se cubre de niebla si la indiscreción humana le invade.

[4] La señal de la Balanza o Libra no estaría en el zodíaco sin la Virgen; y en la Alquimia la balanza tiene dos pesos de diferente volumen, como la fisiología y la anatomía han demostrado. El Michæl es casi igual a Dios; por eso calcula.

[5] La constelación de Piscis, después de Acuario o el diluvio emergente, precede a Aries, renovación de la naturaleza (primavera) para la acción fecunda del macho sobre las ovejas o el rebaño, porque los cuernos han sido siempre símbolo de potencia masculina.

[6] Nigromancia es la magia de la sombra de los vivos, y necromancia es la magia evocadora de los muertos. La iniciación neoplatónica es conocida como tal, a la cual Dante llevó el concepto de sus escritos, dado que quería servirse de cualquier vestigio de la lengua sagrada; así muchas cosas de *Vita Nuovam*, de *El Banquete* y de *La Comedia* que llevan las señales, también donde aparece más claro el sentido de las palabras, como en el nombre de Beatriz, el cual está para quien sabe de qué quiero hablar con la mención de la Rosa. Alighieri quizás tuvo la intuición del Gran Arcano mágico, pero, ciertamente, no la puso en práctica. El llamado neoplatonismo dijo poquísimas cosas en dos siglos, pero en compensación ¡cuánta poesía en el sentido verdadero y clásico de la palabra!

[7] N.d.T: El autor hace referencia al canto séptimo del Infierno, un capítulo de La Divina Comedia de Dante Alighieri.

[8] Los romanos lo presentaban como el Dios de la fecundidad y la prosperidad. Ved a Pompeya, en la parte del vestíbulo de la casa de los Vetti: hay una pintura curiosa en la cual se ve al monstruoso dios pesado en una balanza. La limpieza arqueológica del gobierno italiano, para no exponer los antiguos fallos históricos, la ha cerrado con un marco de madera, en el cual el custodio abre la puerta y se ve que el visitante no se asusta.

[9] Los pezones de los pechos son eréctiles, y por eso toman una significación satánica.

[10] Histerismo epiléptico más a menudo, porque la epilepsia era morbo sagrado pero lunático, pasivo: considera la luna como el útero de la naturaleza naturalizada de los filósofos que actúa sobre el crecimiento y decrecimiento de las cosas.

[11] Según los Cabalistas, las setenta y dos puertas de la verdad absoluta están ocultas en los setenta y dos nombres divinos. El loco ilustra a los arcanos de los tarots, señalando las puertas iniciáticas que corresponden a las formas cabalísticas. La piromagia o magia del fuego, simbolizada en los misterios con llamas y piras, es la puerta pasional del amor.

[12] Las profundas cogniciones de las antiguas órdenes sacerdotales sobre las miserias del alma humana fueron un cuerpo acabado de ciencias completas de psiquismo, porque las teocracias no tuvieron en cuenta el dominio del hombre por medio de su alma. El cristianismo paulino nace y se difunde como una rebelión y una revancha; entonces la iglesia la absorbió, sin la ciencia del alma humana, los poderes de las antiguas teocracias e impidió que el problema espiritual fuese discutido e investigado. He aquí por qué a los grandes progresos del mundo contemporáneo en todas las artes y ciencias de investigación, no responden igual los progresos de los estudios psíquicos, todavía infantiles.

[13] La milagrosa imitación del tipo Cristo, que se halla en el santo de Asís es todo un milagro de sublime fe. La influencia del santo y de su ejemplo fue grande en la civilización nueva, fuera de toda duda; ¡pero cómo fue dulcemente ignorante aquella fe sobre los destinos de la sociedad humana!

[14] Si comprobásemos con un registro oculto que nosotros (la colectividad) somos siempre los mismos bajo distintas máscaras, nos podríamos poner de acuerdo para hacernos la vida menos áspera.

[15] El sacramento del matrimonio llevó, por reacción, al aquelarre obsceno de las brujas. Necesitaríamos indagar de dónde nos ha venido a Occidente aquella utopía perniciosa de querer a la humanidad como aspirante a la negación de la sociedad por el único vínculo del amor.

[16] Nosotros tenemos tipos de degenerados y anormales. Debemos tener el tipo generado normal. Lo imagino como perfecto autómata viviente que no cumple ninguna función animal sin el reglamento. Me congratulo de que ninguna bestia de tal género se encuentre entre mis lectores; si no gritaría: pobre prosa mía…

[17] Si cualquier sacerdote católico quiere ganarse un par de excomulgaciones, no tiene más que ocuparse de los sagrados ritos en su significado originario y mágico. La jerarquía sagrada es una forma de sociedad iniciática, en la cual los grados más elevados deberían saberlo todo. Dicen que la misa es la última cena de Cristo, pero querría saber si el vaso utilizado en la cena tenía forma de cáliz. Y, puesto en duda esto, de lo cual ni Renan se ha ocupado, se debería investigar por qué el *color de las copas* en las cartas del juego, y por qué ciertos vasos de los alquimistas clásicos tienen todos forma de cáliz. Y la patena que sirve para cubrir el cáliz y que es *el color del dinero* en el juego de las cartas y de los tarots, es quizás el platillo donde Judas Iscariote comió la polenta.

[18] N.d.T.: Se hace referencia a un libro escrito por Nicolás Montfaucon de Villars en 1670, en el que, supuestamente revelaba secretos de los Rosacruces, aunque hay quien dice que, en realidad, era un texto satírico.

[19] El paganismo, en muchos mitos, personificó, o mejor, fotografió las distintas formas del alma humana. Sátiros, ninfas, nereidas o náyades… Son símbolos o realidades. El cristianismo ha calumniado demasiado al paganismo y las mitologías sapienciales.

[20] Estos descubridores, en lugar de hacer las poesías en prosa, fantaseando sobre los retos de la fantasía indiana para ver aquello que no existía, hicieron mejor navegando sin hablar, y haciendo prosa con los engaños de la razón sutil occidental.

[21] ¡Qué castigo de dios para los marinos y para las madres de entonces! La magia de la sangre de tipos como Barba azul, representó, un par de siglos después, la reacción de la forma platónica.

[22] N.d.T.: Hace referencia a una obra literaria compuesta de ocho volúmenes, entre la fábula y la novela caballeresca. Fue escrita en 1410 por el autor italiano Andrea da Barberino.

[23] Esta puerta baja, recompuesta en los jardines de la Plaza Vittorio Emanuele de Roma, lleva los signos cabalísticos de la magia eónica completos para abrir la puerta cerrada a los profanos, y lleva también las inscripciones, que no deben confundirse con los signos, porque los primeros pertenecen a la magia eónica y los segundos a la gran magia transmutadora o alquímica.

[24] N.d.T: Lugar donde se reunía el congreso supremo de los judíos. Tradicionalmente estaba formado por 71 miembros que eran fuente de ley y se encargaba de gestionar la justicia.

[25] Son las mesas de los arcanos mayores de los tarots, figuras filosóficas que sirven para abrir los ojos a casi cualquier ciego.

[26] Las fórmulas mágicas, especialmente aquellas que pertenecen a ritos portuarios, están todas en posesión de la no exigua falange de los estudiosos; pero las palabras poderosas no tienen eficacia si no se pronuncian con justa voz y entonación, huelga decir que en la boca de los vulgares no tienen valor.

[27] Ovidio llamó a la Muerte «nutrix maxima curam», la gran nodriza de afanes; y Varrón dijo «nox», procedente de «nocere», porque en las horas sin luz, el dolor de la pena es más agudo. Catulo llamó a la muerte «perpetua nox»; y Ovidio la ignorancia «nox animi».

[28] ¿De los hombres el secreto para llegar a ser inmortales? Acordaos de esto, cuando hable de la Muerte en la alquimia. De las catorce Partes, Isis no encontró más que trece. La número catorce, el falo, había sido comida por un pez.

[29] Aquella que juzgó a Galileo y quería impedir a Colón que descubriese América era ciencia oficial en aquellos tiempos.

[30] *Magicis, etiam coeius eum initiaverat (Quintilianus).*

[31] Ioshua Tres-Marschall, Boston.

[32] La poesía de la prosaica América de hoy, concibe, con dos tendencias (Davidson Ficke y los imitadores de Whitmann), la visión de la vida. «La vida es nada y los sueños lo son todo», dice el primero; «La realidad es el más bello de los sueños», cantando los segundos. Cfr. JEAN CASTEL en *Mercur de Franco*, 1898.

[33] Citado en la introducción de un grupo de escritores del siglo XVIII, desde Létur.

[34] N.d.T.: En la mitología griega Lete es uno de los ríos del Hades. Se decía que de las aguas de este río se obligaba a beber a los reencarnados, para que olvidasen sus vidas pasadas.

[35] La palabra Prometeo, en latín *Prometeus*, contiene la raíz, *math*, o *med*, que es asonante en todos los vocablos que contienen la idea concreta de la razón y la medida: *met-omai*, *penso*, *cogito*; *mederi*: tener cura, curar, medicar. *Mathesis*; *mathe-maticus*; *remed-ium*. Era el sabio, meditador, prudente, audaz: el sabio de hoy y de todos los tiempos, no iniciado como civilizador, el grande, y el semidios viviente.

[36] *Minerva dieta quod bene moneat. Hanc enim prosapientia pagani ponebant.* (Fest. De veterum, etc.).

[37] Ahora podría añadir: les he enseñado la fabricación de tóxicos, de los microbios aplicados a la guerra, bajo los mares, y el vuelo en los cielos. Pero es de suponer que el mal fuese enviado aquí abajo por la maldad de los dioses, en la cajita llevada como don de bodas por la señorita Pandora.

[38] Aquí también lo vemos: *Pir*, el fuego; pirámide, forma de la llama del holocausto que se alza a los cielos. Prometeo transformó el holocausto (*clos*, entero; y *kaien*, quemar) que estaba constituido por la consumación, por medio del fuego, de la víctima entera, consumación parcial de los huesos, distribuyendo la carne entre los sacrificadores. Ésta debía parecer una gran ofensa a Júpiter que, engañando a las apariencias, había elegido por ofrenda a los dioses la cremación de los huesos.

[39] Las dos columnas del tiempo, en el binomio de los dos contrarios de luz y sombra, son inamovibles. La visión no es posible si la luz no está atemperada por la sombra. El bien existe en relación al mal; el dulce por el amargo; el hombre no puede confundir los términos en contradicción; no puede ni tan siquiera pensarlos unidos; en lo sucesivo hablaremos, en la concepción de un reino de los espíritus a la manera de los místicos.

[40] *Dhorm. Choix de textes assiro babiloniens*. P. 3 y 5. Apsu era el abismo de las aguas sobre las que Ea se enseñoreaba. (CONTENAU, *La civilisation ass-bab*.). Delaporte (*La mésopotamie*) traduce Apsu como el océano de las aguas dulces que circundan la tierra, y el Tiatnat como el mar, el océano de las aguas saladas.

[41] El lector agudo lee bien. El cielo, la tierra y los dioses no eran nombrados, esto es, no tenían nombre, la creación no había acontecido, porque la palabra, que indicaba la cosa, el nombre, el verbo creador, no había sido pronunciada.

[42] Istar poseía todos los bienes: belleza, amor casto, lascivo, cruel y materno. En Asiria hasta diosa guerrera, porque a la mujer, desde los más lejanos tiempos, le fue reconocido aquel espíritu belicoso que la hacen tan adorable.

[43] La cavidad craneana del hombre, en aquella anatomía inefable de los poetas, es una gruta de estalactitas y estalagmitas que varían en amplitud y grosor en cada individuo. La psique es una mariposa que la habita y se divierte. Los hombres sabios, a menudo están de acuerdo porque la exuberancia de unas estalactitas no coincide con la pobreza de otras estalagmitas. De estas cosas se ha aprovechado el filósofo, y han venido fuera de muchas doctrinas psicológicas que esperan llegar a ser adultas y admirables.

[44] Lo que quiera que sea esta «agua de vida» ningún asiriólogo lo ha podido saber.

[45] En la búsqueda de etimologías de palabras de sentido oculto, especialmente se fijan en aquellas que se refieren a misterios religiosos o las antiguas mitologías sectarias, por lo que es necesario ser cauto. En griego brotos es mortal y antobros es inmortal. ¿Ambrosía es la bebida que bebían los dioses, o el néctar de la inmortalidad?

[46] DELAPORTE, *op. cit.;* L'EPOPEA DI GHILGAMESCH, 1944, F.lli Bocca Editori, Milano.

Atribuciones de las imágenes

Portada

¿Quién es el loco?
Fotografía ojos: Makunion (http://pixabay.com/es/chica-rostro-retrato-ojos-123893/)
Composición por: Miguel Ángel Sánchez López
Licencia: CC-BY-2.5 (http://creativecommons.org/licenses/by/2.5)

Fig. 1

Carta de «El Loco»
Arcano del Tarot de Marsella, s. XVII
Autor: Desconocido
Licencias: Dominio público
Fuente: Tarotmasters world (http://www.tarot-society-jp.net/2012marseille/tarotmasters_marseille.html)

Fig. 2

Adda Nari
Diosa de la religión y de la verdad según la mitología hindú.
Autor: Desconocido
Licencia: Dominio público
Fuente: Dreamquest (https://hgoei.files.wordpress.com/2013/08/adda-nari.jpg)

Fig. 3

Carta de «El Enamorado» o «Los Amantes»
Autor: Oswald Wirth
Licencia: Dominio público
Fuente: Wikimedia Commons (http://commons.wikimedia.org/wiki/File:06_-_L'_Amoureux.jpg)

Fig. 4

Carta de «La Muerte» o «La carta sin nombre»
Autor: Johann Georg Rauch
Licencia: Dominio público
Fuente: Wikimedia Commons (
http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Troccas-13-der-tod.jpg)

Fig. 5

Retrato de Giuliano Kremmerz
Autor: Desconocido
Licencia: Dominio público
Fuente: Wikimedia Commons (
http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Giuliano-Kremmerz-1890-c..jpg)